



Adiós al novio perfecto

Elige mi aventura

D.J.57

UNA COMEDIA ROMÁNTICA
INTERACTIVA DE
JULIA ZAMBRA

Contents

[Title Page](#)

[AYÚDAME, LECTORA](#)

[DE COPAS](#)

[LLAMANDO A LA SUEGRA](#)

[WHATSAPP A HÖDER](#)

[EL INSPECTOR GADGET](#)

[UNA VUELTA POR AHÍ](#)

[EL BUS](#)

[LA PÁGINA EN BLANCO](#)

[TAXI](#)

[EL TALLER](#)

[COMERME A HÖDER](#)

[LLAMANDO A LA BRUJA](#)

[DEFCON 1: QUEDAMOS CON LAS AMIGAS](#)

[COMPRAR LA CENA](#)

[LA MATO, YO, LA MATO](#)

[EL DESAYUNO](#)

[LA COMISARÍA](#)

[EN BUSCA DEL PERFECTO PERDIDO](#)

[A LA RADIO](#)

[MARTITA DINAMITA](#)

[A POR EL SICARIO-ACABAMOS EN COMISARÍA](#)

[LAS AUSENCIAS](#)

[LA CASA DE LUIS](#)

[PEDIR EL COCHE](#)

[A TOCINILLOS SE HA DICHO](#)

[UN PASEO A SOLAS POR EL RÍO](#)

[A CASA DE SANDRA](#)

[MARTITA Y EL EXTRAÑO CASO DEL ASCENSOR FUGADO](#)

[REDESAYUNAR CON MARGA](#)

[OTRA VEZ EN COMISARÍA](#)

A VUELTAS CON MARTITA DINAMITA
LA SORPRESA

ELIGE MI AVENTURA
ADIÓS AL NOVIO PERFECTO

JULIA ZAMBRA

UNA COMEDIA ROMÁNTICA INTERACTIVA

AYÚDAME, LECTORA

Lectora, estoy en un lío muy gordo y necesito tu ayuda. Tengo una crisis creativa de caballo. Lo he probado todo: azúcar, alcohol, drogas... (bueno, si el ibuprofeno cuenta como droga). Y nada, no hay manera. Veo la página en blanco y me bloqueo. En un alarde de creatividad y de conocimientos sobre el Word, que todos sabemos que es muy puñetero, cambié el color de la página. La puse amarillo fosforito, pero eso tampoco me ayudó, si no que evidenció aún más, con más estridencia si cabe, que allí no había escrita ni una puta palabra.

La culpa de todo esto no es mía. No señor, la culpa es del malparido, que diría Pablo Escobar o cualquier otro colombiano, de mi exnovio. De la noche a la mañana, más bien de la mañana a la noche, desapareció sin dejar rastro. No fue a por tabaco y no volvió. No, que va, él no fuma, es vigorético y sólo come cosas eco. Así que salió, caída la tarde, sobre las ocho, a por semillas de chía y ya no volvió. ¡Joder!, y eso que dicen que la chía es buena para todo, menos para lo nuestro, debe ser.

Total, que me ha dejado sin alpiste para echarle a la ensalada y bloqueada para escribir. La putada es que tengo una entrega, en un mes, que los libros para adolescentes no se escriben solos, aunque pronto seguro que lo hace un robot programado para ello, como todo.

Diréis, igual le pasó algo a tu ex. Sí, yo también lo pensé, por eso llamé a la policía. Me dijeron que hasta pasadas 48 horas no se podía hacer nada de nada. Así que me calcé las zapatillas nike que me compré cuando quise ser runner, proyecto que me duró aproximadamente treinta segundos, lo que tardaba en arrancar el rollo del comprobante del datafono, y me eché a las calles. Fui hasta el Ecocentro, por si se había quedado encajonado entre la harina de garbanzo, el aceite esencial de rosa mosqueta y las espirales integrales de espelta. Pero, Joder, allí no había ni rastro de él. Joder no es un taco, lo prometo, es el nombre del dependiente austriaco, en realidad debe escribirse tal que así: Höder, pero a mí por joder, valga la redundancia me gusta más llamarlo Joder, con la “j” bien marcada, a lo typical spanish.

El caso es que Joder no lo había visto por allí. Así que, si le había ocurrido algo, había tenido que ser en el trayecto de casa al Ecocentro, lo cual eran cinco calles y media. Me las pateé bien con mis bambas Airmax, eran cómodas, parecía que iba pisando nubes, es que hasta daban ganas de salir corriendo, incitaban al running las muy jodidas, por eso eran tan caras, ese debía ser su secreto, el caso es que no pude evitarlo y me lancé al trote borriquero sobre el asfalto, pin pan, me hice las cinco calles, y acabé tosiendo, sin pulmones, totalmente asfixiada. No había ni rastro de Perfecto.

Perfecto es el nombre de mi ex, en realidad se llama Perfecto Rubio Casado, sí, ha tenido una infancia de mierda y para más joder, (esto no tiene nada que ver con el del Ecocentro) ni es rubio ni casado ni perfecto. Más bien, todo lo contrario, pero bueno, dios da nombres a quien no tiene... ¿cómo era el dicho este? Bueno, da igual, el caso es que Mr. Perfect no aparece por ninguna parte. A este paso voy a tener que llamarlo PlusquamPerfecto. Ya sé que soy cruel, pero un poquito de humor negro no le hace daño a nadie. Además, que ya no es mi novio, es mi ex. Tengo licencia para hacer chistes sobre él. ¿Qué por qué seguimos viviendo juntos? Sí, interesante pregunta. A ver, es que lo hemos dejado definitivamente hace poco, un mes más o menos, aunque nuestra relación ya estaba muerta hacía meses. Y cuando digo muerta, digo muer-ta. Nada de sexo, vamos, que tengo más ganas de echar un polvo que de vivir, todo sea dicho, puesto que estamos aquí en confianza.

Pero, volvamos al asunto que nos ocupa. Perfecto sigue viviendo en casa porque aún no ha encontrado un lugar al que mudarse, así que no nos queda más remedio que compartir mi minúsculo apartamento, hasta que el encuentre algo que pueda pagar. Porque, como seguramente sabes, Lectora, los precios de los alquileres en Madrid están por las nubes. A eso debe de referirse el famoso dicho, “de Madrid al cielo”. Que... ¿por qué lo dejamos? Pues sí que eres cotilla, Lectora. Está bien, está bien, no cierres el libro aún. Tienes toda la razón, puestas a abrirse, me abro del todo. La verdad es que no sé muy bien por qué lo dejamos, creo que se acabó la pasión, aunque ahora me cuesta recordar que realmente la hubiera alguna vez. Cada uno de nosotros ha evolucionado. Sobre todo, él, que ha pasado de ser una persona normal a un vigorético. Se pasa el día haciendo deporte y comiendo cosas para cagar y estar sano, porque odia el paso del tiempo y el espejo. TANTO, que hemos que tenido que descolgarlos todos, para que no se vea, que yo me

pensaba al principio, si no estaría viviendo con un vampiro, pero no, ni chupa sangre, ni chupa nada. Ese es otro defecto que tiene Mr. Perfect, mucho eco, mucho bio, pero lo más natural que tiene en casa, es que ni lo cata. Ya, yo también me he planteado alguna vez si mi exnovio no sería homosexual en realidad, sobre todo con las últimas amistades que me trae del gimnasio. Ay, no sé, que sea lo que quiera...

El caso, que me voy por los cerros de Úbeda, que vaya cerros deben de tener ahí para salir en todas las conversaciones... Que mi exnovio no aparece, joder, y ya van tres días. Y yo, aquí, preocupada, sin poder escribir ni una línea. ¿Qué hago Lectora? ¿Me ayudas?

—Si quieres que llame a su madre para ver si es que echaba de menos las croquetas de compango y se ha ido a pasar unos días al pueblo sin avisar, pincha [aquí](#). Aunque ya te advierto de que me cabrearé mucho contigo, porque odio a esa señora. Lo de mi suegra daría para una novela entera, que digo una novela, una trilogía, que digo una trilogía... Juego de Tronos, con sus cabezas rodando y todo.

—Si quieres que me embuta en el vestido, ese con el que siempre triunfaba a. P (antes de Perfecto, hace más de tres años), llame a las amigas y me diga ancha es castilla, a rey muerto, rey puesto y me vaya de farra, continúa leyendo. Por favor, continúa leyendo... No sabes cuánto me apetece un puto Gin Tonic ahora mismo, pero sin pepino ni pimienta rosa ni mierdas de esas.

DE COPAS

Gracias, Lectora, te amaré siempre. Cuando me incineren haré que mis herederos te envíen una bolsita con una porción de mis cenizas, para que puedas tenerme de recuerdo o bien para cambiarle la arena a tu gato. Total, a mí me va a dar lo mismo, y a ti te saca de un apuro.

Cómo necesitaba este Gin Tonic que estoy absorbiendo. La palabra beber no describe tan bien el ansia con la que la ginebra está penetrando en mi cuerpo, contagiando a todas mis células de un relax estupendo también denominado “todo me importa una mierda”. A mi vera está Margarita. Bueno, joder, discúlpame, que yo todavía no te he dicho cómo me llamo. Mi nombre es Julia. No YULIA ni Yuli ni Yulai. Julia con la “j” de joder, tan typical spanish. Ahora ya sí, te presento a mis amigas. A mi lado Margarita, que todavía sigue de becaria en la radio, esperando a que la pasen a auxiliar de redactora para cobrar 500 euros, con 34 años. ¡Una vergüenza! Así está el patio. Que... ¿cómo sobrevive? Comparte piso con una señora mayor. Era un programa que hubo hace mil años para estudiantes que venían de provincias. Podías vivir con una persona mayor gratis a cambio de hacerle compañía. Se conoce que Margarita le cogió el gusto a las viejas y ya lleva cinco. Pobre, en estos doce años, se le han ido muriendo. Lo pasa fatal, pero yo sé que secretamente aspira a que alguna la deje de heredera universal. Bueno, cada una con sus planes...

A mi otro lado tengo a Sandra, la única del grupo que gana dinero como para jubilarnos a todas, aunque la pobre tiene unas ojeras que le llegan a los pies y vive mirando el móvil. Ahora mismo está hablando por él, no sé qué dice de yenes y yuanes, millones y más millones... En fin, también, pobrecilla, no tiene tiempo para nada, es un milagro que esté hoy aquí.

La cuarta en discordia es Erika, la más traviesa del grupo, todavía piensa que tiene veinte años y vive como entonces, a lo loco. Es una devora hombres, aunque me consta que empieza a cansarse de tanta aventura. Le hemos conocido, por lo menos, por lo menos, veinte novietes en estos años,

pero ninguno en serio. A mí el que más me gustaba era Califato Máximo, un argelino muy salao, pero se conoce que se fue a Siria a hacer la yihad, o eso le dijo. ¿No estará Mr. Perfect camino de Siria? Me pregunta burlona, Erika. “Ay, hija mía”—le digo—, si se hace la manicura y la pedicura una vez por semana en los chinos de debajo de casa, el kalashnikov le estropearía las uñas.

—Ya te dije que ese chico no me parecía de fiar, —suelta Sandra que acaba de colgar su tedioso teléfono—. No sé, un hombre que se llama Perfecto, sólo puede defraudarte.

—Perfecto no hay ninguno—, dice Erika—.

—Discrepo—, rebate Sandra. El que he conocido yo esta semana es bastante, bastante completo...

—Cuenta, cuenta...—la apremia Margarita. A la que le encanta escuchar los líos amorosos de las demás, ya que ella no suele tener ninguno. Porque no quiere, que conste, pues es bien guapa, inteligente y simpática, pero yo creo que está chapadilla a la antigua y aún sueña con el amor romántico de la factoría Disney.

Sandra nos cuenta que ha conocido a un inversionista asiático súper atractivo. Aunque, en seguida, Erika, la más experta del grupo, nos constata que los hombres asiáticos la tienen pequeña y da al traste con la idea inicial de poder llamar a Mr. Solnaciente, perfecto. El caso es que Sandra está ilusionada con el inversionista, aunque me parece a mí que está más ilusionada porque el buen hombre tiene intención de meterle millones en la empresa, que de meterle las manos en las bragas. En fin, el cerebro de Sandra no funciona como el nuestro, va a mil revoluciones por minuto.

Le digo a Martita que huele a viejo para picarla. Sé que le jode, por eso se echa tanta colonia, que nos tiene atufadas. Pero, fuera de bromas, en realidad, su ropa siempre tiene ese olor a alcanfor rancio tan típico de los armarios de las casas de las abuelas. Es la única preocupada con el paradero de Mr. Perfect, creo que también es la única que lo aprecia, son de la misma provincia, se entienden. Ella dice que tengo que llamar a mi suegra, aunque me apetezca menos que chuparle los morros a Falete después de haberse zampao un pollo asao. Esta chica tiene unas comparaciones, que son para oírlas. En fin, me enfilo mi cuarto Gin Tonic, y haciendo homenaje a José Mota, contesto que: “hoy, no. Mañana” llamaré a mi suegra. Acto y seguido me lanzo a la pista de baile como si no hubiera un (léase con voz de Mota)

mañana.

El vestido de hace tres años que me iba a poner, lo he tenido que dejar en casa porque no me entraba. Las relaciones de pareja engordan, digan lo que digan, y más si tu novio no te quiere tocar ni con un palo. Por muchas semillas de chía que toméis, los desprecios se van acumulando en forma de kilos. La verdad es que ahora mismo me importa una mierda donde esté Perfecto Rubio Casado. He nacido para bailar y voy a bailar hasta que...

Hasta que cierren el garito, que me parece que es ya. ¡Joder! No, el del Ecocentro, no. ¡Joder, qué pronto cierran ahora los bares ! En mi época, por lo menos estaban hasta las 6. Son sólo las 3. Cuando empiezas a decir “mi época”, algo falla, te das cuenta de golpe de que ya eres vieja. Y lo que es más horrible, que todos esos millennials que bailan al lado tuyo, están comentado: “mira a esas viejas qué horteras, buscando la juventud perdida” Como hacías tú hace solamente diez años cuando veías a esas carrozas borrachas llenar las pistas de baile en busca de sexo ocasional que sacudiera sus monótonas vidas. ¡Mierda, nos hemos convertido en ellas! ¡Joder!, no, el de..., ¡joder!, que no están, iba a contarles mi demoledora teoría, pero no están. Me han dejado sola, no me lo puedo creer, es la semana en la que desaparece todo dios. ¡Vaya mierda! Ay, no, ahí están echando las copas en vasos de plástico para que podamos irnos a la calle. La resaca mañana será campanuda pero qué bien me lo estoy pasando hoy. ¡Vamos a otro sitio! Ninguna quiere, las llamo viejas, rajadas, de todo... pero me meten en un taxi y me mandan a casa.

Pues no quiero irme a casa, ¡joder! No, el del econcentro, no. Le digo al taxista que pare en la whiskería de la esquina. Me mira sorprendido, pero obedece. La sorprendida soy yo, por qué coño le he dicho que parara ahí. El caso es que debe ser mi subconsciente, siempre me ha llamado la atención ese neón rosa con chicas de curvas prominentes saliendo de vasos de coctel intermitentes. Voy a entrar. El lugar está envuelto en una luz roja. Es cálido. Los clientes son todos hombres y en la barra una chica en toples sirve los tragos. Al fondo, un escenario con una barra de pole dance, donde otra chica hace su número. Entro y todos me miran, por un instante pienso que voy a tener que subirme al escenario, pero no estoy yo para mucha pirueta. Poco a poco, todos vuelven a mirar a la chica del pole dance y yo me siento en la barra. Pido un Gin Tonic a la chica de los pechos prominentes. Debo ser la primera de la noche que la mira a los ojos. Me lo sirve y me lo cobra a precio

de otro planeta. Por un momento pienso si los hielos no serán en realidad diamantes, porque semejante precio, no es ni medio normal.

En seguida, el hombre de al lado viene a hablar conmigo. Le digo que me deje, que soy lesbiana, que he venido a ver bailar a las chicas. El tipo me deja en paz. Empiezo a fijarme en los hombres que hay allí, una sátira caricatura del mundo occidental: un grupillo de ejecutivos jóvenes con las corbatas en la cabeza que jalean como monos a la pobre bailarina, algún señor de los de whisky y puro, sobrepeso y mal aliento que respira como un reptil mientras una erección lucha contra el barrigón que les hace pliegue sobre la entrepierna, un tipo disfrazado de detective privado con su gabardina del Inspector Gadget y sombrero y todo, y... ¡Joder!

Sí, esta vez sí que es Joder, el de la tienda, el austriaco. ¿Qué estará bebiendo, zumo de zarzaparrilla? Voy hasta su mesa y lo saludo. Me invita a sentarme y me cuenta que viene mucho, que su madre era bailarina de pole dance y las chicas le recuerdan a ella, que murió hace tres meses. Le doy mi pésame y le digo que me deje invitarle a lo que está tomando: un té helado, otro chico que es sano. La verdad es que deben gustarme los neurópatas o algo de eso, porque la cabra tira al monte, y ¡joder!, Joder está muy bueno... Yo sigo bebiendo y consigo que Joder se tome unos chupitos de Jägermeister. A este paso, mañana van a tener que trasplantarme el cerebro, pero me importa más bien poco.

Tengo a Joder a punto de caramelo. Sólo espero que a Mr. Perfect no le dé por materializarse justo ahora. Lo mejor sería ir a casa de Joder y así no habría problema. Dicho y hecho, Joder vive muy cerca, encima del Ecocentro, seguro que tiene condones sin látex, le pega todo. Aunque me lo he encontrado en una whiskería, no lo olvidemos. Su casa es de catálogo de decoración new age. Tiene el kit completo: buda de terracota, tatami con ladrillo de yoga para meditar, tapiz de la India, telas teñidas haciendo mandalas, telas africanas cubriendo el sillón, plantas de marihuana interesantes... ¡Y una guitarra eléctrica! Esto sí que no pega nada en la casa del yogui. ¿Y esto? —le digo. Y me contesta que es metalero de corazón, que cuando era joven tenía un grupo que se llamaba *Diarrea Mental*. Este Joder es una caja de sorpresas.

De esa noche sólo puedo decir que, ¡Joder con Joder! Hace honor a su nombre, el chico. Hacía que no follaba así desde antes de Mr. Perfect. ¡A la mierda Mr. Perfect! Los hombres que no comen el coño no deberían llamarse

heterosexuales. ¡Joder con Joder! Se nota que domina las lenguas muertas como el sanscrito y también las vivas. La madre que lo parió, he estado sobrevolando el Nepal. En el nirvana las tres horas de reloj que ha durado nuestra sesión de sex yoga, no hata ni kundalini ni astanga, yo me voy a apuntar a clases de esto...

Me despido de Joder que me da un batido detox para la resaca y cuatro pastillas de cardo mariano. En mi bolsillo hay una tarjeta, es de un detective, se la enseño a Joder y dice que me la dio ayer el tipo de la whiskería. Apenas lo recuerdo. “Ah, sí, el Inspector Gadget”. Le doy las gracias a Joder por todo y vuelvo a mi casa esta vez sin zapatillas Airmax pero volando igualmente.

Al llegar, ni rastro de Mr. Perfect y el ordenador ahí encendido con la puta página en blanco, pero hoy me importa poco el bloqueo porque tengo todos los chakras abiertos, así que me voy directa a la ducha y después a la cama. Duermo como un bebé hasta las cinco de la tarde, pero me despierto sobresaltada. El ordenador sigue fijo en la página en blanco, pero de repente, se cuele un vídeo, como una interferencia, con el careto de Mr. Perfect, amordazado. Sólo dura un instante. No sé si lo he soñado o ha pasado realmente. Estoy perpleja. ¿Qué coño hago, Lectora?

—Lectora, si quieres que pase de Mr. Perfect y que me concentre en Joder (ambos sentidos de la palabra) pincha [aquí](#)... ¡Gracias, colega, mi cuerpo te lo agradece infinito!

—Si prefieres que vaya a ver al Inspector Gadget, digo, al detective privado, pincha [aquí](#).

Venga, decídate, que yo ya estoy despierta, lo mismo me da hacer una cosa que otra. Bueno, lo mismo, lo mismo, no, pero no te quiero coaccionar. A mí me apetece volver a ver a Joder, claro, pero sé que así no avanza la trama, así que si quieres, porque tienes envidia del polvazo que he echado esta noche, y de que te lo restriegue por la cara, pues venga, voy a ver al detective, por si averigua algo. Tú decides que para algo te estás leyendo esto, ya está bien de vivir la dictadura del narrador. Vivamos la alegre algarabía del lector. Trabaja, Lectora, trabaja, que te creías que te lo iba a dar todo hecho, vas guapa. Mientras te decides voy a llamar a mis amigas para contarles lo de Joder porque lo de una noche como la de ayer es para contarlo.

LLAMANDO A LA SUEGRA

Lectora, hay llamadas que se atragantan como polvorones de Estepa. Esta era una de ellas. Cogí el móvil con miedo a que este me mordiera y, secretamente, ansié que no tuviera batería para dilatar aún más aquel momento, pero, no, señor, ahí estaban sus tres rayitas de mierda para recordarme que debía enfrentarme a esa mujer: la suegra. La temible: María Elvira.

Busqué en la agenda su contacto y apreté. Ay, dios, aspiré hondo, mientras me cargaba de fuerzas. Empezaron los tonos. Me sentía como en nochevieja cuando escuchas los cuartos y sabes que no queda nada para empapuzarte con las uvas. Uno... Dos... Tres... Alguien descuelga.

—¿Sí? —era una voz grave, de hombre. O eso, o Mará Elvira había pillado catarro y se había cambiado de sexo todo a la vez.

—¿María Elvira? —pregunté tímidamente.

—Está en el baño. Se conoce que el cochifrito no le cayó muy bien. Espera, que te la paso.

Y sentí al buen hombre moverse y abrir una puerta, mientras yo decía o más bien suplicaba que no, que la dejase cagar a gusto, bueno, no usé exactamente ese verbo, pero vamos, le dejé claro que la llamaría después... Pero nada, oí a lo lejos a María Elvira preguntar quién es, y acto y seguido un grito... y un plof, como si me hubiera sumergido en una piscina. La llamada se cortó.

Oh, entonces pude visualizar la escena. El marido de María Elvira le había pasado el móvil y este se había precipitado al váter justo antes de que ella tirase de la cadena. Ahora mismo, mi cara bonita en la pantalla de su teléfono nadaba entre los restos mal digeridos del cochifrito que María Elvira había tenido a bien defecar. La sola imagen de sus ñordos flotando alrededor de mi cara, me espantó y me divirtió a partes iguales. En cualquier caso, me había librado de hablar con ella, y eso se merecía una celebración.

Yo intentar lo he intentado, Lectora. Me temo que no nos queda más remedio que irnos de fiesta. ¡Venga, vamos, sólo tienes que pinchar [aquí](#), sale

más barato que un taxi!

WHATSAPP A HÖDER

Gracias, Lectora. Necesito repetir lo de anoche para comprobar que era todo cierto y que no lo soñé. Jamás, in the days of my life, había experimentado nada igual. Claro que, eso no podía ponérselo en el whatsapp. Qué debía escribirle... Algo provocativo pero divertido, algo que dejase claras mis intenciones pero que no fuera demasiado directo... A ver... Probemos...

“Buenos días, Höder... ¿te gustaría tener una buena tarde?”

No... Borrarr. Demasiado directo.

“Buenos días, Höder... ¿cómo tienes los chakras? Yo...”

No... Demasiado indirecto.

“Buenos días, Höder... Me gustaría repasar contigo la postura del gato, no me quedó muy clara...”

No... Demasiado explícita. ¡Ay! ¿Quién me mandaría a mí nacer en el siglo XX con lo fácil que debía ser chuscar en el Paleolítico?

“Unga unga...”

Borrarr. ¡Horrooor!

Acabo de darme cuenta de que en vez de borrar, le he dado todo el rato a enviar. ¡Ay, dios, le he mandado este mensaje!

“Buenos días, Höder... ¿te gustaría tener una buena tarde? ¿Cómo tienes los chakras? Yo... Me gustaría repasar contigo la postura del gato, no me quedó muy clara... Unga unga...”

¡Qué vergüenza! No voy a volver a salir de casa. Cavaré un hoyo en el parque y me enterraré viva ahí debajo. Estoy en plena lamentación e hiperventilación cuando leo “*escribiendo...*” Ahí está Höder contestando... ¡Dios, qué vergüenza! A ver... Me manda una foto.

Abro...

WTF!!!

¡Es su polla dura como un bloque de hormigón, al fondo sólo se ve símbolo del Om estampado en una sábana naranja!

Y yo que tenía miedo a ser muy directa. Madre mía, con el austriaco, no pierde el tiempo. Espérate, que hay más...

Escribiendo....

“¿Nos vemos a las ocho?”

¿Y cómo contesto yo a esto? ¿Con una foto? Estaría bien... Así vamos caldeando el ambiente... ¿Me saco una teta? No, no, no... Mejor insinuar... Qué tal un poquito de escote... A ver, selfie al canalillo, pero nada de que se me vea la cara. Perfecto. Digo... ¡Listo! Enviar...

“Hasta luego”

¡Yeah, tengo una cita de las de pim pam pum! Hasta las ocho hay tiempo de sobra. Me da tiempo incluso a ir en busca del detective privado. A ver si el resuelve el misterio de la desaparición de Perfecto. ¿Vamos? ¡Vamos! Sigue leyendo.

EL INSPECTOR GADGET

La tarjeta del inspector era de esas que te haces online eligiendo una prediseñada y añadiéndole después tu nombre y datos de contacto con la tipografía sugerida para ese diseño. Vamos, una auténtica basura. Eso debería haberme tirado para atrás, pero la verdad es que me daba pereza teclear en Google, “detective” y ponerme a llamar y pedir presupuestos. Así que obvié la existencia de internet y me lancé a la calle como si fueran los primeros 80, antes de que se popularizara el uso de los PC y de aquellos routers infernales que le joroban la siesta al más pintao. Pillé el abono transporte, que ahora resulta que son unas tarjetas de mierda que se pierden a todas horas y que hay que estar comprando de nuevo incesantemente gastando más dinerito que antes, y me planté en pleno barrio de Salamanca.

Era una tarjeta de visita cutre, pero un edificio precioso, de esos neoclásicos. Todo blanquito con sus molduras de escayola y sus balcones de hierro forjado. El portal también era para verlo, entero de mármol, con uno de esos ascensores antiguos de hierro y madera con los que parece que no vas a subir al séptimo, si no que vas a viajar en el tiempo hasta mil ochocientos y pico. Nada más poner un pie sobre aquel lustroso mármol, un portero muy solícito, no tardó ni tres segundos en preguntarme a dónde me dirigía. Le contesté que, al despacho del investigador privado, y me sentí muy decepcionada cuando me dijo que estaba en los sótanos del edificio. Ante mí se desvanecía la ilusión que me hacía tomar ese vetusto ascensor. Así que bajé unas escaleras de mármol gastado como pilas bautismales de iglesia, agarrándome bien a la barandilla para no pegarme la hostia de mi vida y llegué a la puerta del sótano derecha. Llamé al timbre. Nadie acudió a mi llamado. Esperé, esperé, esperé... y cuando estaba a punto de darme la vuelta y volver por donde había venido, un hombre descalzo, metiéndose la camisa por los pantalones, pero eso sí con el riguroso sombrero de detective puesto, me preguntó que, qué quería. Yo, por toda respuesta, le enseñé su cutre tarjeta. Él se hizo a un lado y me dejó pasar.

La casa era una ratonera, digo la casa, porque eso no olía sólo a

despacho. Allí olía a humanidad y a, si la pituitaria no me fallaba, pizza Casa Tarradellas un pelín carbonizada. Había un pasillo muy corto, llamarlo pasillo era muy generoso, se recorría en dos pasos. A la derecha había una puerta entornada, por la que se vislumbraba una cama deshecha, ropa tirada por el suelo, una televisión encendida sin volumen y una hornalla, pero Gadget cerró antes de que pudiera ver más y me indicó la puerta de contraria, la que quedaba a la izquierda. Allí había un pequeño despacho, con una mesa con un ordenador, dos sillas, posters de grandes detectives del cine, una estantería con algunos archivadores y dos libros, *1001 películas que debes ver antes de morir* y *Asesinato en el Orient Express* de Agatha Christie. Ah, y un ficus de plástico lleno de polvo. Rompí el hielo:

— ¿Sabes que Agatha Christie fue la primera mujer surfera? ¿Te la imaginas cogiendo una ola? Si no me crees, mira en internet que hay fotos.

El tipo, seco, se encendió un cigarro sin preguntarme si me importaba. Se sentó en su silla, tras el escritorio y por toda respuesta me preguntó:

—¿Qué le trae por aquí?

Vale, pensé, a la mierda ser amable. Le conté que mi exnovio había ido a por semillas de chía al Ecocentro y que no había vuelto. Hacia cuatro días que había desaparecido. Me pregunto que si mi exnovio no era el chico de ayer, el de la whiskería. Le dije que no, que ese era el dependiente del Ecocentro, que no tenía nada que ver, que el que se había perdido era Perfecto Rubio Casado. No hizo ningún tipo de mueca ni comentario al anotar su nombre. Aquel tipo no era humano, tenía más pinta de ser un replicante. La madre que lo parió. Me hizo unas cuantas preguntas de esas tipo: “¿tenía enemigos?”, “¿lo odiaba alguien?”, “¿habías tenido alguna discusión?” y cosas por el estilo que contesté como buenamente pude. Cuando terminó de interrogarme, me miró a los ojos y me soltó con tono de suficiencia:

—Tranquila, lo encontraré.

Le pregunté que por dónde iba a empezar, y por toda respuesta me dijo que por el principio. Me pareció un perfecto, otro, gilipollas. Creo que no he sido la única en pensarlo, ¿verdad, Lectora? A que a ti también te ha parecido un gilipollas absoluto. El único punto a su favor es que era un gilipollas muy atractivo. Debajo del sombrero se entreveía una mirada severa, afilada como un cuchillo de esos de cortar jamón, ojos verde aceituna oscura, piel curtida, morena, con una cicatriz que le atravesaba el labio superior por el lado

derecho y una voz grave, como de película. Pero, no nos despistemos, su prepotencia me ponía enferma. Así que, atajé la situación con un cuánto me va a costar esto. Él sonrió:

—Muy poco—, y me entregó una hoja de papel donde venían sus tarifas. El tío cobraba por horas, pero sólo si encontraba a la persona o resolvía el entuerto. En ese momento, inconscientemente, deseé que no encontrase a Perfecto. En fin, le di la mano y me fui por dónde había venido.

Ya en el portal, el portero, quién si no, salió solícito, sin disimular sus ansias de cotilleos, a preguntarme qué tal me había ido. Esquivé sus argucias para sacarme información y aproveché para preguntarle que si le importaba que usase el ascensor, que me hacía especial ilusión. Me respondió que de ninguna manera y él mismo me acompañó hasta el último piso, contándome uno por uno, quién vivía en cada descansillo: que si la condesa Pitita, que si el Marqués Don Antonio, el ginecólogo Braulio, la viuda Villacastín, el presentador de televisión Nuncio y las hermanas Aguacate. Todos, gentes de bien. Después me comentó que el detective era hijo de una de las hermanas Aguacate, pero hijo de soltera, y el chaval se había montado ahí su negocio, por no seguir con la tradición familiar de los relojes de cuco, a lo que se habían dedicado los Aguacate desde tiempos inmemoriales. Con toda aquella información, salí del edificio la mar de convencida de que aquel detective “tan cuco” no encontraría en su puta vida a Perfecto.

¿Qué podía hacer ahora aparte de esperar noticias?

—Si quieres que me ponga a trabajar un poquito, vámonos a casa, pincha [aquí](#).

—Si por el contrario crees que lo mejor es que nos vayamos a dar unas vueltas por ahí, continúa leyendo.

UNA VUELTA POR AHÍ

Veó que te gusta la improvisación, a mí también. Del barrio de Salamanca me fui al Retiro, que para algo están al lado. Espero que no se me caiga ningún árbol en la cabeza, que están muy hijos de perra últimamente. Ay, qué romántico ver a las parejas remando en el lago putrefacto del parque. Jamás se me ocurriría subirme a un bote de esos, sólo con la posibilidad de caerme ahí y de que un pez mutante de tres ojos y dientes de hiena me muerda la pierna, me meto el amor romántico y el remo por donde estás pensando. Si es que, el amor, aparte de engordar, contamina y mucho: los envoltorios de los regalos, las flores cortadas, el látex de los condones que no paras de usar al principio de una relación. Pero, Lectora, a quién queremos engañar, cómo molan los principios de una relación. Aunque no sepas qué hacer con tanto condón usado, ¿dónde creéis que hay que tirarlo: en el contenedor de envases o en el de orgánico? Porque bien pensado envasa, pero a resultas, acaba siendo materia orgánica. Ay, no sé, vaya dilemas.

¡Joder, no me lo puedo creer! Ese de ahí, es Joder. A ver, voy a acercarme más. Sí, sí, es él, está dando una clase de taichí, ahí todo concentrado, a unas señoras sexagenarias. Madre, que zen es este chico. Voy a acercarme un poco más, a ver qué se cuenta.

—Hola, Höder—. Vaya, me miran todas menos él, que sigue concentrado en la postura de la grulla. Las abuelitas me miran con odio, creo que mis intenciones están escritas en mayúscula en mi cara. Por fin, Höder sale del trance, abre los ojos y me mira. Me sonrío, y dice, “únete”. ¿No querrá que hagamos una orgia con todas estas señoras? Ay, no, me parece que quiere que me ponga aquí a hacer el tai y hacer el chi con los tacones y la falda. Venga, va, lo que hay que hacer para garantizarse otra nochecita de oro. Las viejas no dejan de mirarme con recelo, creo que una me ha dado un codazo, y todo por acercarme demasiado cuando intentaba no perder el equilibrio en la postura de los dragones bailones. Sólo hay una muy amable que me sonrío todo el rato. O tiene demencia senil o es muy maja, prefiero pensar que es la segunda opción. Así de agradables deberían ser todas. Luego me he dado cuenta de

que la mujer se reía porque cuando me agachaba se me veían las bragas. La madre que la parió. Estas señoras lo de la sororidad piensan que es cosa de los radiocasetes. Aunque normal, han pagado por ver a este estupendo muchacho haciendo taichí y yo he venido aquí a verlo de gratis y además a llevármelo cuando esto acabe, y eso ellas, lo saben. Y yo lo sé, y Julio Iglesias también lo sabe.

—¿Qué tal te ha ido en el detective? —me pregunta Joder, mientras se limpia el sudor de la cara con una toalla. A ver si os pensáis que con el taichí no se suda. En Madrid, en agosto, se suda con todo, hasta con pensar, se suda.

—No sé, no me parece muy profesional. Era una caricatura. El tío se debió quedar pillao de pequeño con Humphrey Bogart en el *Sueño eterno*. Parece más pose que otra cosa, no creo que encuentre nada.

Y como si Gadget tuviese la facultad de escucharme, empezó a sonar mi móvil con su llamada entrante:

—Lo he encontrado.

—¿Por qué? Digo, ¿dónde?

—Será mejor que vengas a esta dirección. No puedo hablar ahora.

Me quedé perpleja, quería que fuera ahora a una nave de Ciudad Lineal. Joder se ofreció a acompañarme, pero no me pareció muy bien ir a buscar a mi exnovio, con mi nuevo rollete. Iba a ser mejor llamar a Margarita, que vivía cerca de esa zona.

—Hola amor. El detective me ha citado en la calle García Noblejas. Al parecer ha encontrado a Perfect, ¿me acompañas?

—¿El detective?

—Sí, luego te lo cuento.

—Vale, voy ahora. ¿Puedo llevarme a Rogelia? Es que es su hora de paseo y se pone muy pesada cuando no la acompaño. Luego, toma represalias y no me hace lentes en un mes, que sabe que me encantan.

—Sí, sí, traétela, pero dile que lleve el bastón, no tengamos que usarlo. Hay algo en toda esta historia que no me da buena espina.

—Descuida. Quedamos allí directamente.

Iremos, ¿no, Lectora? Que para eso hemos contratado a un detective. ¿En qué prefieres que vayamos hasta allí?

—En taxi, porque parece que la Lectora se piensa que me sobra la pasta. Pincha [aquí](#) para parar uno.

—En bus, que el transporte urbano contamina menos. Sigue leyendo.

EL BUS

El autobús no está tan mal. Tiene a sus amables conductores que siempre te esperan y te abren la puerta cuando ellos están en un semáforo y tú has llegado corriendo y jadeando por la acera, superando el record de Usain Bolt. También tiene a sus amistosos ancianitos y ancianitas, que nunca te empujan ni te escupen, a los adolescentes tan agradables que se sientan en los asientos de cuatro, ocupando varias plazas con sus pies, sin hacerte ni puto caso, enfrascados en sus móviles y sus cascos, y luego están los carteristas, esos ángeles del cielo, que te aligeran el bolso, para que no tengas escoliosis. Si es que todo son buenas obras.

En mi viaje, como no podía ser de otra manera, dada la buena suerte que me rondaba aquellos días, me tocaron todas las especies que cohabitan el hábitat urbano. El conductor no me abrió la puerta tras mi carrera, y no contento con eso, esbozó una sonrisita de superioridad *behind the glass*; una anciana me empujó para hacerse paso entra el muchedumbre y salir por la puerta trasera. Su codazo aún está marcado a fuego en mi hígado. Tuve que pedirle amablemente a un adolescente que quitase sus pies del asiento y luego sentar mis posaderas sobre las huellas de sus zapatos, y sí, también, cómo no, me robaron. No la cartera, ni el móvil, si no la agenda. Algo que a un ladrón no le sirve absolutamente para nada, pero que a mi me deja más perdida que Santiago Abascal en una manifestación del orgullo gay.

Con todo, conseguí llegar a mí destino. Una nave de lo que parecía un taller mecánico. Y entonces veo... (Continúa [aquí](#))

LA PÁGINA EN BLANCO

Pantalla en blanco. Vamos valiente, tú puedes. ¡Dale! Escribe lo que te salga...

MARTITA DINAMITA

“Martita es una niña con un extraño poder, cuando se enfada o algo la disgusta en exceso, es capaz de hacer explotar las cosas. Digamos que toda su ira, en vez de concentrarse en su cuerpo y ponerla roja cual tomate, se traslada al objeto que tenga delante. De esta manera, en el último mes ya ha reventado una Smart tv, solo porque le defraudó el final de su serie favorita. Su madre está harta y a la vez teme por su integridad física, no quiere ni acordarse del incidente que tuvieron hace unos años con el maldito caniche del vecino. Este se enganchó a la pierna de Martita, mordiéndole el gemelo como si no hubiera un mañana. El animal no tardó en desintegrarse bajo la atenta mirada de la niña, que apenas tenía cuatro años. Ahí fue cuando notó, que pasaba algo raro. Después lo confirmó, cuando el plato con las acelgas sufrió el mismo final que el perro. Desde entonces la han estado llevando a un montón de médicos y psicólogos con escaso éxito, parece que lo único que la calma, es leer.

Así que Martita se pasa el día leyendo, pero esta no es una historia sobre los hobbies de Martita, si no sobre un misterio que ocurrió en su edificio...”

Suficiente por hoy. Ahora sí, que sí, Lectora, a despejar la cabeza por ahí, concretamente [aquí](#).

TAXI

Ay, el taxi... el paradigma de la comodidad, con sus asientos de polipiel. Esos que se te quedan pegados al culo en verano y que parece que te depilan con cera cuando te levantas. Los atascos amenizados por los cagamentos de los simpáticos taxistas, y cómo no, la inconfundible voz de Jiménez Losantos, ese líder de opinión, sonando en la radio a todo trapo. Ay, y lo mejor de todo es que por subirte a dar una vueltita en el tren de la bruja, te cobran a precio de atracción de feria.

Con todo, llego a mi destino sana y salva, con un par de ideas retrogradadas dando vueltas en mi cerebro, influencia de Losantos y con la parte posterior de mis muslos bien depiladita. Me encuentro frente a mí, lo que parece un taller mecánico, cerrado a cal y canto. Y entonces veo... (Sigue leyendo)

EL TALLER

Una estampa digna de verse o de ser inmortalizada en un sainete: Margarita cogida del brazo de Rogelia, que la verdad es que es una anciana adorable con un sentido del humor muy puñetero, al lado del detective, que cómo no, se había puesto su uniforme de cine negro, su gabardina y su sombrero. Aquello parecía una entrega mala de una serie, nos faltaba por allí el perro policía para completar el elenco protagonista.

—Ay, Julia, si yo fuera joven como vosotras, no iba a perder el tiempo buscando a un hombre, habiendo encontrado a otro tan salao. Por favor, cómo le queda la gabardina a este muchacho, que parece de la policía política del régimen.

—Calla, Rogelia—, la atajó Margarita, cuando ya había soltado la mujer todo lo que tenía que soltar. La verdad es que cuando yo tenga los años de Rogelia quiero ser igual que ella, decir todo lo que se me pase por la cabeza, sin filtros, aunque bueno, creo que ya lo hago, lo cual me ocasiona, muchos, pero que muchos problemas, como ahora mismo:

—A ver, Inspector Gadget, ¿dónde está Perfecto?

—Un respeto o tendré que cobrarle el doble—dice mientras aspira un vapeador. Se conoce que está dejando de fumar, pero lo que no quiere dejar, es la escena detectivesca sin su dosis esencial de halo del misterio, es decir, de humo de cigarro electrónico.

—Ok. Suelta, ¿por qué nos has citado aquí?

—Tengo pruebas suficientes para creer que Perfecto ha estado aquí. Entremos.

Entramos, primero Gadget y yo, varios minutos después Margarita y Rogelia que iban a su paso, discutiendo sobre si la escena tenía intensidad o no.

La nave no era otra cosa que un taller de coches abandonado. Aún conservaba los calendarios de tías en bolas al lado de otros de gatitos. Todo muy *kitsch*. No había nadie.

—¿Y bien? No creo que este sea un ambiente muy del tipo de Perfecto.

—Sígame—, dijo Gadget y se encaminó hacia lo que parecía una oficina a la que se accedía por una escalera de hierro.

—Ay, no, ahí sí que no subo. Anda, id vosotras—, oí que Rogelia decía a mis espaldas.

Subimos los tres: Gadget en primera posición, después servidora y a la poste, Margarita. Al alcanzar el habitáculo, vimos que era un despacho grasiento con una mesa, una estantería, un par de archivadores y en el centro, una silla con unas sogas. Como si alguien hubiese estado allí atado. Reconocí la silla del vídeo que vi en el ordenador. Así que no lo había soñado. Alguien estaba reteniendo a Perfecto. Margarita, que estaba entrenada para fijarse en los detalles, vio un envoltorio de tortitas de arroz integral marca Gerblé. No había duda, Perfecto había estado allí.

—¿Y dónde está ahora? ¿Y por qué alguien iba a querer retenerlo?

—Todas esas preguntas necesitan respuestas—dijo solemne el detective y volvió a darle una calada al vapedor, que llenó la mugrienta oficina de humo con olor a vainilla.

Margarita y yo salimos de allí tosiendo. Y servidora, además, con quinientos euros menos. Tuve que hacerle una transferencia en el acto a Gadget para que siguiera con la investigación. A ver... qué iba a hacer, el muchacho estaba avanzando muy rápido.

Cuando bajamos la escalera, Rogelia no estaba por ningún sitio. Querida Lectora, ¿qué hacemos?

—Buscamos a Rogelia como locas.

Ya, es la única opción, pero qué quieres, no la vamos a dejar ahí tirada a la pobre señora. Busquémosla juntas. A fin de cuentas, camina a dos por hora con bastón, tampoco ha podido irse muy lejos. Margarita y yo damos vueltas sobre nosotras mismas, observando la inmensa nave, mientras el cara dura de Gadget nos dice que nos hace descuento por llevar también esta investigación. No se dará cuenta de que no estamos para bromas.

—Ahí hay una puerta—, dice Marta, señalando a una puerta metálica, que pasaba desapercibida por estar tras una caja. Marta corre hacia ella. Yo la sigo, oigo a mis espaldas a Gadget que nos dice que la mujer debe estar afuera, que es lo que tiene más lógica, que le hagamos caso, que él de esas cosas entiende. Dudo un momento, miro hacia atrás y veo a Gadget abriendo el portón de la nave por el que hemos entrado. Tras él intuyo a Rogelia.

—Marta—, le digo—, Rogelia está afuera. Pero Marta ya ha alcanzado la

puerta y está girando el picaporte.

—¡Vaya, está cerrada!—. Me mira—, ¿no tienes curiosidad por saber qué hay dentro?

—Sí, pero Rogelia está afuera.

Salimos a toda prisa.

—¡Qué susto nos has dado, Rogelia, creímos que tú también habías desaparecido!

—Qué dramáticas sois, criaturas. Salí a tomar el aire, en esa nave apestaba a vainilla.

—Ni que lo digas—, apostillo, mirando de reojo al inspector.

Bien, Lectora, parece que la secuencia de intriga llega a su fin. Ahora toca elegir de verdad. ¿Qué hacemos?

—Llamo de una vez a mi suegra, y que apoquine ella los sablazos del detective. Pincha [aquí](#).

—Voy a comprar quinoa al EcoCentro y adelanto mi cita con Höder de las ocho a las tres. Continúa leyendo...

COMERME A HÖDER

Gracias, amiga, porque ya eres más que una Lectora, siempre eliges lo mejor para mí, que sabes de sobra que es pasar de la vertical a la horizontal con mi querido guiri. Cuando llego al Ecocentro, me lo encuentro cerrado. Mejor, porque no tenía muchas ganas de gastarme 5 euros en 250 gramos de quinoa. Que será todo muy sano y muy eco, pero no veas lo que cuesta. Vamos, estos productos igual que te limpian el organismo, te limpian la cartera. Así que me acerco al portal de al lado, donde vive Höder y llamo al timbre.

—¿Sí?

Oh, oh, la que responde es una voz de mujer. ¡Mierda! Esto me pasa por venir sin avisar.

—Está Joder, digo Höder.

—No es aquí—. Uf, menos mal, pienso.

—¿Buscas al guiri buenorro de la tienda de abajo?

—Sí—, ha clavado su descripción.

—Vive en el cuarto.

—Gracias.

—¿Tú no serás la de anoche?

—¿Eh?

—Nena, haznos un favor a los vecinos y grita pa adentro.

—Vale... Perdona.

Uf, qué vergüenza, debí dar la serenata. Claro, llevaba tanto tiempo sin catar varón que ... que qué, coño, que me quiten lo bailao. Pulso el botón del cuarto con alegría. Meeec.

—Diga—. Este sí que es Joder y su inconfundible acento.

—Höder, soy Julia, vine a comprar quinoa, pero estaba cerrado y he pensado que... ¡Te invito a comer! ¿Te apetece?

—Ya comí, pero sube y te doy... —“Sube y te doy”, qué bien que sonaba eso— ...algo de comer.

—Vale. Abre.

Mientras la puerta se abría con un mec metálico, puede escuchar a la

vecina de antes a través del telefonillo: “Nena, te dé lo que te dé, tú grita pa dentro, que de verdad que hoy necesito dormir la siesta”.

La casa de Höder me pareció más pequeña de lo que me lo había parecido la pasada noche, pero igualmente pintoresca. Olía a incienso desde el descansillo. Me abrió sonriente y me acompañó a la cocina, donde me invitó a sentarme en la mesa. Él ya estaba con el postre, pero, sacó un plato hondo y me sirvió un caldo oscuro con algo no identificado flotando por ahí. El mejunje tenía una pinta asquerosa, pero yo sonreí con todos los dientes, hasta con las muelas sonreí. Qué guapo estaba hoy el jodido, Joder, le sentaba genial el taichí, y aquella camiseta ancha sin mangas, que dejaba al descubierto sus brazos musculados y hasta sus abdominales. Ay, tenía un calor, que como para tomarme yo ahora ese caldo putrefacto.

—Espero que te guste. Es sopa miso, casera. Las algas me las han traído de Japón.

Probé una tímida cucharada de aquella pócima infecta, pero para mi sorpresa no sabía nada mal. El primer sorbo activó mi estómago que rugió furioso pidiendo más, y es que llevaba sin comer desde el desayuno, allá a las siete de la mañana.

—Está buenísima Höder, eres muy buen cocinero.

—Gracias. Dijo sonriendo, mientras pelaba una mandarina y se comía un gajo.

—¿Tienes que trabajar hoy?

—Sí, abro a las cinco, pero eso nos deja aún un par de horas libres... — para follar como descosidos, pensé— para hacer la digestión y enseñarte mi colección de yapa malas.

Mala me estaba poniendo yo. ¿Pero qué les pasa a los hombres? ¿Y qué coño es un yapa mala?

—¿Qué es un yapa mala? —pregunté mientras me acababa mi sopa.

—Es un rosario de la India.

—¿Has estado en la India?

—Viví allí un par de años.

—¿Y qué te trajo a Madrid?

—El avión—se río y apostilló—Era un chiste.

—Y muy malo.

—Sí, muy malo, humor español. A Madrid me trajo Sol, mi novia.

—¿Tu novia?! —No pude evitar chillarlo en voz alta.

—Sí, mi novia.

—No sabía que tuvieses novia. ¿Y dónde está?

—En Indonesia.

—Ah, ahí está bien, quiero decir, que se debe estar bien ahí, creo que es un paraíso.

—Sí, pero hay muchas desigualdades. Ella está en una ONG, enseñando inglés a niños indígenas de zonas aisladas que no tienen recursos y no pueden estudiar.

—¿Y lleva mucho tiempo allí?

—Un año.

—¿Y en todo ese tiempo, no os habéis vuelto a ver?

—No. Es muy caro el billete, quizá dentro de año y medio...

—¿Y aún así seguís siendo pareja?

—Sí, por qué no.

—Porque no os veis, porque no tenéis relaciones...

—Sí, que tenemos, por Skype. Además, la nuestra es una relación abierta, no hay problema con eso, podemos acostarnos con otras personas, sin dramas.

—Ah, bueno. Cada cual...

En ese momento sonó el móvil.

—Mira, justo es Sol.

Qué marrón, pensé. Höder cogió la videollamada y empezó a hablar en inglés.

—Hola, amor, ¿qué tal? ¿Cómo va todo?

—Muy bien, estoy en la playa pescando— y le enseñó un paisaje de ensueño—. ¿Y tú?

—Yo estoy en casa, comiendo. Mira esta es Julia.

Mierda. Me vi a mí misma forzando una sonrisa y saludando con la mano como una gilipollas.

—¿La chica que te tiraste anoche? —preguntó Sol sin un atisbo de resentimiento.

—Sí, la misma.

¿De verdad que la única que se sentía incómoda allí era yo? Esto era demasiado, empecé a ponerme roja por momentos.

—Hola Julia, encantada de conocerte. Veo que te has comido la sopa de Höder. Eso es que te gusta en serio, porque tiene una pinta asquerosa— y se

echó a reír.

—¿Cómo que asquerosa? Es la mejor sopa miso del mundo—protestó en broma Höder.

Se levantó y se fue hablando con ella a la habitación para enseñarle no se qué. Yo me quedé sola en aquella cocina digiriendo no sólo la sopa negra, si no lo que acababa de pasar. Bueno, había que ser moderna. El chico tenía una novia, que, dicho sea de paso, parecía un encanto. Eso sí a 12.000 kilómetros de distancia. Si a Sol no le importaba que se acostase con Höder, no iba a ser ella la que pusiese trabas al asunto. Pero, sí, había un pero y tenía que dejárselo muy claro a sí misma: Nada de enamorarse. Höder sería un amigo con el que poder hacer honor a su nombre, una y otra vez. Muy bien. Todo digerido. Mensaje grabado en el disco duro. Sólo una sesioncita de sexo tántrico y pa casa. Y en vista de que aquí todo el mundo era tan abierto y transparente, le iba a decir a Höder en cuanto colgara, que nada de ver yapa malas, que quería “el postre”.

Höder apareció en la cocina al cabo de unos minutos.

—¿Quieres algo de postre? —preguntó sin ninguna doble intención.

—A ti—, le solté yo, sin ningún tipo de miramientos.

Höder sonrió y lo demás, que os lo cuente la vecina, porque no pude chillar pa adentro, era imposible con semejante hombre.

Llegadas a este punto, y no me refiero al punto “g”, que a ese ya llegué antes, creo que no podemos seguir posponiéndolo más. Tengo que llamar a mi suegra... Sigue leyendo, por favor, y acompáñame en este trance tan doloroso.

LLAMANDO A LA BRUJA

Venga, cuando antes lo haga, antes pasará. Cojo el móvil con decisión y busco en la agenda: “María Elvira suegri”. Marco. Espero. Descuelga.

—Hola, María Elvira...

—Hola cariño, ¿qué tal estás? (No os fieis del cariño, es un arma de doble filo. Tanto lo usa para saludar, como para echar cosas en cara, solo cambia la rapidez en que pronuncia las sílabas. Pasa del inocuo “hola cariño” al letal “te parecerá bonito, ca-ri-ño” sin que te des ni cuenta).

—Verás, María Elvira, no sé como decirte esto, pero...

—¡Ay, me estás asustando! ¿Perfecto está bien?

—No.

—¿No? ¿Qué le has hecho? (Veis, aquí empieza a despuntar la fiera que lleva dentro).

—¿Yo? Nada. Ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? Pero cuándo, cómo, dónde, por qué...

—Si tuviese todas esas respuestas, María Elvira, no te estaría llamando.

—Pero has ido a la policía, qué te han dicho, te ha dejado una nota, cuándo desapareció exactamente...

—Tranquila, si me dejas, te cuento todo lo que sé.

—¿Cómo voy a estar tranquila? Dios mío, mi niño, mi niño... No podías desaparecer tú, no, mi niño...

—María Elvira que te estoy oyendo...

—Mi niño... Seguro que discutisteis por tu culpa. Como si lo viera, siempre estás amargándolo al pobre con tus cosas de feminazi...

—Pero María Elvira... Me estás acusando no sé ni de qué, sin una puta prueba. Haz el favor de escucharme. (¿Ahora entiendes por qué no quería llamarla? Esta mujer tiene la facultad de sacarme de mis casillas).

—Eh, nena, educación, que mal que me pese soy mayor...

—(La mayor hija de puta, pensé, pero no lo dije y volví a la diplomacia) A ver, María Elvira, vamos a calmarnos las dos y te voy a contar todo lo que

sé. Perfecto salió antes de ayer por la tarde a comprar a una tienda de al lado de casa y no volvió. Fui a la policía y me dijeron que hasta las 48h no podían hacer nada, así que contraté a un detective privado.

—¿Y por qué no me llamaste?

—Te llamé, pero la llamada se cortó.

—No me lo recuerdes, se me cayó el móvil por el wáter.

—No te volví a llamar porque no te quería preocupar, mujer. Pensé que igual aparecía hoy, pero nada.

—¿Y el detective ese? ¿Ha averiguado algo?

—No, mentí. (Aunque me cayera peor que la morcilla de burgos en ayunas, no quería alarmarla más de la cuenta).

—Ay, señor, señor.

—Yo creo que es hora de ir a la policía de nuevo.

—¡Ya mismo, me voy para Madrid en el próximo autobús!

—No hace falta, María Elvira, yo me encargo, voy a ir a la comisaria...

—Y una mierda, voy a encontrar a mi hijo cueste lo que cueste. ¿Cuál era el portal y el número?

—¡¿No pensarás quedarte en casa?!

—¡¿Entonces?!

—Es que María Elvira, es un estudio, sólo hay una cama. No querrás que durmamos juntas...

—Ay, ay, ay....—gimoteaba— ¿No pretenderás que una anciana como yo duerma en una pensión de mala muerte?

—Pero si tienes 65 años.

—60, ca-ri-ño. (¡¿Veis?! Ahí está, su cariño-puñal) Voy a hacer la maleta. Nos vemos allí.

—Pero, María Elvira.... ¿María Elvira?

María Elvira colgó. Me ha colgado la hija puta. No ca-ri-ño, eso no es lo peor, me alertó rápidamente mi cerebro: VA A VENIR, SE VA A INSTALAR EN TU CASA Y VA A DORMIR EN TU CAMA.

¡Nooo!

¿Qué he hecho yo para merecer esto? Me cago en María Elvira, su hijo Perfecto y las desapariciones fortuitas. Y en ti también Lectora, que seguro que te estás partiendo el culo.

¿Y ahora que hago? Ay, Lectora, perdona que me cagara en ti hace una línea, no iba en serio, te necesito, ayúdame a decidir, o bueno, bien pensado

esto es una crisis DEFCON 1 por lo menos. Hay que quedar con las amigas.

Estas son las opciones que te doy:

- a) Quedamos con las amigas. Sigue leyendo.
- b) Quedamos con las amigas. Sigue leyendo.
- c) Quedamos con las amigas. Sigue leyendo.

DEFCON 1: QUEDAMOS CON LAS AMIGAS

Me alegra muchísimo que hayas elegido esta opción por ti misma, sin ningún tipo de coacción por mi parte. Eres una Lectora estupenda, pero vamos ya a por las cañas, que estoy seca y desesperada.

Las había citado a todas en dos horas en el bar de al lado de casa. Un bar de toda la vida, de los que ya no quedan, sin bombillas peladas, ni ladrillo vista, ni azulejos cerámicos, ni muebles viejos pintados a la tiza, ni precios desorbitados por un pinchito de tortilla. No, no, un lugar de los de siempre, con camareros cincuentones de camisa blanca, mesas de formica, cañas a uno cuarenta y tapitas que cumplían las tres “G” de la gastronomía popular: gratis, generosas y grasientas. El lugar perfecto para conspirar lejos de las miradas curiosas. Allí no podía encontrarnos nadie, pero resultó que allí estaba él. ¡Mierda! Pensé. Esto va de mal en peor, éramos pocos y parió la abuela, allí está él, mi editor. Es decir, mi jefe, porque por muy *freelance* que yo fuese, de ese tío depende mi economía, y había prometido enviarle el primer capítulo de *Martita Dinamita* y no se lo había enviado aún.

Volvamos a la escena... Allí está tan pancho, comiendo torreznos y bebiendo una cañita tan ricamente mientras charla animoso con uno de los camareros. Creo que aún me da tiempo a salir corriendo sin que me vea, que, aunque no lleve puestas mis Airmax puedo correr cual gacela lejos de mis responsabilidades laborales. Mierda, ya no hay nada que hacer, acaba de verme y me está saludando con la mano. Me pongo mi mejor sonrisa, que no parece para nada forzada, y me acerco a él. No parece muy enfadado. Está sonriendo y todo. Eso es buena señal. Con un poco de suerte, igual no se acuerda de que le debo una novela.

—Hola, Luis, ¿qué te trae por mi barrio?

—Si Mahoma no va a la montaña...

—¿A qué montaña te refieres? ¡¿Has venido en mi busca?!

—No, no, tranquila, sé que habías prometido enviarme el capítulo, pero aún estamos a jueves, la semana acaba mañana y confío en que para entonces

esté en mi bandeja de entrada...

—Claro—, sonreí con toda mi buena intención.

—¿Quieres una caña? Invita mi tío Tomás.

—¿Sois familia? Anda, pues yo vengo mucho por aquí. ¿Verdad, Tomás?

—La que más, después del de la tragaperras.

—Así que esta es tu oficina— dedujo Luis.

—Bueno, tampoco exageremos, que paso muchas horas en casa trabajando duramente. Ya sabes, este oficio... pero de vez en cuando hay que salir a airearse.

—Y tanto, yo hoy necesitaba unas cañas.

—¿Te ha pasado algo? —le pregunto, deseando con todas mis fuerzas cambiar de una vez de tema.

—Na, ya sabes, cosas del curro. Están con que quieren recortar presupuestos, las guerras de siempre. Me gusta tu camiseta.

Mi camiseta era una Dolores Promesas que ponía: “No soy tu princesa”.

—Gracias, es lo primero que he pillado del armario. Entonces sonó un Whatsapp. Era Margarita:

“Neni, no puedo ir, estoy con Rogelia en urgencias. No es por ella, es por mí, que me he retorcido el tobillo, creo que tengo un esguince. Te llamo luego”.

Y al instante otro de Erika:

“Julia, tía. No te lo vas a creer, he conocido a alguien y bueno, ya te contaré, no puedo ir ahora. Ya lo siento. Mañana hablamos”.

Y al momento otro de la que faltaba, Sandra:

“Julia, no creo que pueda llegar antes de las 11, estoy aún en París y parece que el vuelo se retrasa”.

Vaya mierda, pensé y dije en voz alta mientras me sentaba en el taburete al lado de Luis.

—¿Qué pasa?

—Mis amigas, que no vienen y hoy las necesitaba.

—¿Te valgo yo?

—¿Cómo amiga?

—No soy tu princesa, pero puedo ser tu oreja.

Lo miré con media sonrisa. Nunca me había fijado en Luis hasta ese momento. Vamos, lo había visto varias veces, pero siempre vestido muy formal. Bueno, la verdad es que la inmensa mayoría de nuestras

conversaciones habían sido por email. Así que más que nada, lo conocía por la foto de perfil, que la verdad es que no le hacía justicia. Hoy, que estaba vestido normal, con vaqueros, camiseta de rayas, sin gafas, con su pelito un poco largo y bastante despeinado, parecía mucho más joven y también más guapo que en su foto de perfil, en la que iba de traje.

Me desahogue con él, como siempre, poniendo menos filtros de los que debería, aunque hubo cosas que me dejé en el tintero, como mi noche en la whiskería, mi aventura con Joder y el odio exacerbado hacia mi suegra. Bueno, bien pensado, creo que la tirria que le tengo a esa mujer le quedó bastante patente porque empecé así:

—Mi exnovio ha desaparecido y la bruja de mi suegra viene en camino.

Al instante capté toda su atención, se quedó mirándome con sorpresa y formuló las 5W de la comunicación. Esas cinco preguntas que cualquier estudiante de periodismo se ha tenido que aprender: Who, what, where, when, why y de regalo el how.

Se las contesté una a una, a la carrera, así que no entendió nada:

—Who: Mr. Perfect; What: Desaparición; Where: Entre nuestra casa y el Ecocentro; When: Hace dos días; Why: Ojalá lo supiera y how: Ni idea.

Así que tuve que detallárselo todo un poco más.

—Who: mi novio Perfecto, no es que el muchacho sea perfecto, es que se llama Perfecto—, estoy harta de tener que hacer esta aclaración cada vez que digo su nombre— ha desaparecido.

—No sabía que tuvieses novio.

—Y no tengo, es que la ruptura está reciente, por eso aún me cuesta decir exnovio, por eso y porque hasta hace dos días vivía en casa.

—Ah... ¿Y crees que le ha pasado algo o simplemente se ha ido sin avisarte?

—Me gustaría que fuese la segunda, pero me temo que ha sido la primera.

—¿Y por qué estás tan segura?

—He contratado a un detective.

—Joder, como en las películas.

—Sí, pues va vestido igual de hortera.

—¿Y qué ha averiguado?

—Que alguien lo tuvo retenido en una nave de Ciudad Lineal, pero cuando fuimos, ya no estaba.

—¿Tenía enemigos, algún lío de drogas...?

—Que yo sepa las drogas no las tocaba ni con un palo. Era el hombre más saludable bajo la faz de la tierra, que si arroz integral, alga wakame, infusiones de cola de caballo... En fin, no le pega nada estar metido en ninguna cosa rara, a no ser que exista el contrabando de muesli.

—Al menos te lo tomas con humor...

—Y cerveza—, dije mientras me pimplaba mi tercera caña.

—¿Y tu suegra?

—¡Exsuegra!

Luis se ríó—. Eso no te cuesta recordarlo...

—Si la conocieras comprenderías por qué... La he llamado esta tarde a su casa en Tocinillos del cielo, provincia de Ciudad Real. Se ha puesto atacada, culpándome a mí, como si yo tuviese la culpa de algo... y que se viene la tía, y que no contenta con eso, que se viene a mi casa... Con lo que me va a tocar dormir con ella, porque es un estudio pequeñito y sólo tenemos un sofá cama.

—Te ofrecería mi casa, pero no sé qué va a pensar tu exsuegra.

—Que piense lo que quiera... Te agradezco el ofrecimiento, pero no me gustaría irme de mi casa. Tengo que marcar mi territorio...

—¿Y a qué hora llega la señora?

—A las 21:00

—Me temo que son las 21:30—, dijo Luis señalando el reloj de pared con la esfera amarilla de grasa.

—¡Mierda! Me tengo que ir—, dije sacando la cartera del bolso y dejando sobre la barra un billete de veinte euros.

Luis insistió en invitarme, pero yo ya estaba saliendo por la puerta a la carrera. Lo último que le escuché decir fue:

—A la próxima invito yo. ¡Suerte!

No sé yo si habría próxima, porque cuando no le entregase mañana su capitulito de *Martita Dinamita*, iba a odiarme. Doblé la esquina corriendo y allí estaba ella, esperando delante de mi portal con una maleta que era más grande que la nevera de mi piso, pero, esta mujer cuánto tiempo piensa quedarse... Nada más que me vio empezó a reñirme:

—¿Se puede saber dónde estabas? Yo aquí esperando, no te da vergüenza. Blablablá.

Opté por la técnica del ninja, que es callarse y hacer como que no estás ahí, hasta que le metes un guantazo a tu adversario. El guantazo, aunque

metafórico, no se iba a hacer esperar, y es que la paciencia no es mi fuerte.

Bueno Lectora, ¿qué hacemos ahora?

—La mato y hago que parezca un accidente. Esta opción, Lectora, piénsatela bien, porque podrían llevarme presa y entonces la novela se acabaría aquí *right now*. (Pincha [aquí](#)).

—Le digo que suba y se instale y desaparezco un rato con la excusa de ir a comprar la cena... Sigue leyendo.

COMPRAR LA CENA

A ver, qué puedo comprar que esta mujer se coma sin protestar. ¿Sushi? No. Dirá que, qué mierda es esa de comer arroz frío. ¿Hamburguesas? No. Dirá que si me creo que es un niño obeso. ¿Pizzas? No. Dirá que si le he visto cara de italiana. ¡Lo tengo! Pollo asado y patatas fritas. Contra eso no puede decir nada. Pensado y hecho, me dirijo rápidamente al asador de pollos. Queda tres calles más allá, con un poco de suerte llego antes de que me cierren.

Al doblar la esquina, me encuentro con el telón metálico de la puerta a medio bajar. Aún así me meto dentro. Aún quedaba algún cliente comiendo en las mesas. Me acerco rauda a la barra y pido un pollo entero con patatas y pimientos verdes. La chica que me atiende, me dice que es mi día de suerte. Yo sé que no lo es... A ver... ¡Qué tengo a María Elvira en casa! Pero, bueno, eso ella no lo sabe, así que le sonrío, está bien, es mi día de suerte porque me llevo el último pollo asado. Pago y cojo mi bolsa con la cena calentita.

Cuando me giro para salir, me topo con Höder en una de las mesas. Está comiendo panceta y patatas fritas a dos carrillos. ¡No me lo puedo creer!

—¡¿Höder?!

Él levanta la cabeza y me mira como si lo hubiese pillado haciendo algo ilegal, comienza a titubear poniendo excusas...

—Yo es que... Esto no es lo que parece...

Jajaja, me río para mis adentros. Así que el yogui sanísimo del Ecocentro pasa más hambre que el perro un ciego con sus productos ecos y de vez en cuando se daba un homenaje de gocho. Muy bien, ahora me gusta más este chico, me parece más humano. De buena gana me hubiese quedado a cenar con él, con las manos chorreantes de grasuza, pero tenía que volver con mi “invitada”.

—La próxima vez que comamos juntos, nada de sopa miso, Höder, pedimos cochifrito...—le suelto divertida, y me voy por donde he venido, porque el local sólo tiene una puerta.

Lectora, ya podemos ir a matar a la suegra tranquilamente, que hay

testigos que me han visto comprando pollo asado. Tengo la cuartada perfecta.
Sigue leyendo...

LA MATO, YO, LA MATO

Vale, la mato, pero luego cuando me acusen de homicidio con premeditación y alevosía les diré que sólo ejecutaba órdenes, que el cerebro de la operación eras tú, Lectora, así que sobre tu conciencia caerá la muerte de esta buena bruja.

Primero probé a echarle Cucal en el té que se estaba tomando, pero se dio cuenta de que aquello no sabía muy bien y me llamó cutre por comprar marcas blancas. Encima apostilló, que normal que su hijo se fuera de casa si todo sabía así de mal, que ella había educado su paladar, un paladar exquisito, que yo estaba destruyendo. En fin, respira, respira, modo *ninja on*.

Después probé a asaltarla por detrás con un cuchillo jamonero mientras se estaba duchando, a lo *Psicosis ibérico*, pero, no estaba en la ducha, se la había dejado encendida sólo para hacer gasto, y había salido a la calle.

Al final, tuve que recurrir a un método infalible, el ahogamiento por almohada. Me acosté pronto y me hice la dormida. Ella, mientras, hizo todo el ruido del mundo, poniendo Gran Hermano a todo trapo. Uf, con lo que lo odio. En mi casa, todos los botones del mando están gastados menos el de Tele 5. Y es que tengo la teoría de que hay dos Españas, la que ama Telecinco y la que la detesta. Si estallara una guerra está claro que mi suegra y yo no iríamos en el mismo bando. Después de tres horas de improperios y sobreactuaciones, ya por fin, la tía se cansa y apaga la tele. Se mete en la cama y al instante empieza a roncar. Ha llegado mi momento. Cojo mi almohada, me abalanzo sobre su cara y aprieto con fuerza.

—¡Muere, muere, cabrona, te odio, te odio!

Despierto gritando y con mi suegra encima dándome cachetes en la cara para que me espabile del todo.

—Niña, has tenido una pesadilla, debías estar soñando con la báscula porque no parabas de gritar: “te odio, te odio”.

Encima, la muy cretina aprovecha cualquier ocasión para llamarme gorda. Debería haberla matado de verdad y no solamente intentarlo en sueños. Hasta

en ahí, en el terreno pantanoso del subconsciente, es escurridiza la tía.

—Total, no molestas, ni nada. No hay quien duerma contigo— Se queja, encima, la tía del Gran Hermano a todo trapo. Acto y seguido la menda se hace un ovillo y empieza a roncar, que parece que estoy durmiendo con Pavarotti.

Me levanto, completamente desvelada, con los ojos como platos y me siento en la silla de la cocina. Miro mi móvil. Tengo un WhatsApp de Margarita a las 12 de la noche:

“Ya estoy en casa, me han vendado el pie, pero no tengo que hacer reposo. Podemos vernos mañana”.

Otro de Sandra a las 3 de la mañana:

“Acabo de meterme en un taxi camino a casa. Mañana tengo un par de reuniones, pero creo que saldré temprano, tipo 21:00. ¿Cenamos?”

Y otro de Luis:

“¿Qué tal va la operación suegra? Espero que no te esté desquiciando mucho. Mañana no hace falta que me pases el capítulo. Bastante novela tienes tú en casa. Te amplio el plazo hasta el viernes que viene”.

“Ay, qué majo”. Aprieto el móvil con fuerza de pura alegría y sin querer le envío a Luis los siguientes emoticonos:



“¡Mierda, mierda, MIERDA!”

Cuando voy a escribirle que ha sido un error, justo se apaga la batería. Lo que faltaba. ¿Dónde está el cargador? Vaya, en la mesita de María Elvira. Tratando de no hacer ruido, me acerco a ella, y con el máximo cuidado posible, cojo el cargador del cajón. Entonces abre los ojos con furia y me chilla:

—¡¡¡DÉJAME DORMIR DE UNA PUTA VEZ!!!

Uf, que mala hostia tiene esta señora. Me meto en el baño y pongo el móvil a cargar. “Venga, venga, venga”. Ay, joder cómo tarda. Después de cinco minutos, consigo volver a entrar en WhatsApp. Hay un mensaje de Luis. Mierda. Ha visto los emoticonos.

—No sé bien qué has querido decir, pero supongo que te has alegrado de la prórroga.

—Sí, muchas gracias. Perdona por los emoticonos, ha sido mi suegra que

se ha sentado encima de mi móvil y ha pulsado la pantalla con su culo.

—¿Está siendo muy terrible?

—Mucho. Estoy confinada en el váter. Ella se ha quedado la cama. Voy a tener que dormir en la ducha.

—Pobre, princesa.

—¿Qué haces despierto?

—Escribir.

—No sabía que también escribieses.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—¿Y qué escribes?

—Eso te lo cuento con unas cañas, que me toca invitar.

—Que intrigada me dejas.

—¿Qué haces mañana?

—¿Buscar a mi exnovio Perfecto? Quiero decir...

—Ya, ya... que se llama así.

—Y soportar a esta mujer.

—Ánimo

—Voy a seguir a lo mío. Si no puedes dormir, podrías ponerte con Martita.

—Sí, eso haré. Ahora que la bruja ronca y la casa está tranquila.

Y dicho y hecho, saqué mi portátil y me puse a escribir sobre mi *teeneger* preferida, la pequeña, pero matona, Martita. Este Luis era una caja de sorpresas. Nunca hubiera imaginado que escribía y que fuera tan majo. Se tragó toda la chapa que le solté en el bar sin signos de agotamiento. Es más, interesándose por todo lo que le contaba, y encima, me ampliaba el plazo de entrega. Qué suerte tenía con mi editor. Tres meses trabajando con él, desde la jubilación de Amparo, y no me había ni dado cuenta de que era hasta guapo. Malditas fotos de perfil y malditos emails fríos. Las tecnologías nos aíslan, aunque parezca lo contrario, así es imposible conocer a la gente. Soy de la opinión de que hasta que no te emborrachas con alguien, esa persona no puede ser tu amigo.

No son ni las 6 de la mañana cuando suena mi teléfono. Quién diablos llama a esas horas intempestivas. Pues me voy a quedar si saberlo porque es un número oculto. Descuelgo malhumorada, más dormida que despierta. “¿Sí?” Nadie contesta al otro lado, tan sólo se siente un jadeo y después una voz loquendo: “Si quieres volver a verlo, paga...” No había ni terminado la

frase, cuando mi suegra me arrebató el móvil con desesperación:

—¿Perfecto? Perfecto, hijo, ¿eres tú?

Me devuelve el móvil con un “han colgado”. Y al instante comienza a interrogarme:

—¿Era Perfecto? ¿Qué querían?

—Creo que era su secuestrador.

—Ay, madre—, la mujer pega un bote de la cama.

—Pero no he podido enterarme de lo que querían, porque ¡tú me has arrebatado el teléfono!

—Ay, madre—, repetía la mujer sin parar—. Vuelve a llamarles, vuelve a llamarles.

—No puedo, es un número oculto. Será mejor que vayamos a la policía.

—Sí, vamos.

—Y también, que llamemos al detective, a ver si ha averiguado algo, pero vamos a esperar a que sean por lo menos las 7 de la mañana.

—Qué coño—, dijo María Elvira, arrebatándome de nuevo el teléfono y buscando en la agenda el número del detective privado. Marcó y lo puso en manos libres sobre la cama:

—Justo iba a llamarte yo, Julia, en cuanto me despertara.

—No soy Julia, soy María Elvira, la madre de Perfecto. ¿Se puede saber dónde está mi hijo?

—Estoy sobre su pista, señora, hago todo lo que puedo. Lamento decirle que alguien lo ha secuestrado.

—Eso ya lo sabemos, acaban de llamarnos.

—¿Les han pedido un rescate?

—No sabemos, la llamada se ha cortado.

—¿Qué hacemos ahora?— pregunto yo.

—Lo que quieran, menos ir a la policía—contesta Gadget.

—¡¿Por qué?!—grita entonces mi exsuegra.

—Podrían ahuyentar a los secuestradores y no volver a ver a Perfecto.

—Ay, Virgen Santa, ay, Virgen Santa... —repite María Luisa, mientras el detective sigue hablando:

—Estas cosas suelen resolverse rápido si se llega a un acuerdo con ellos. Si vuelven a llamar, avísenme de inmediato.

—Está bien—, zanjo la conversación.

María Elvira estaba consternada, nunca la había visto así, tan afligida.

Mejor le preparo un café para ver si la mujer recupera un poco el ánimo. Entonces, sentí lástima por ella, pero al segundo y medio, se me pasó.

—Este café es una porquería, ¿no tienes la Nespresso?

—No, me parece un timo. —Yo sigo haciendo el café en cafetera italiana, como toda la vida—.

—Qué poco glamour que tienes, hija.

—Tendré que ir a Tocinillos, a ver si allí se me pega algo. —Donde las dan, las toman.

Ella cambió rápido de tema:

—¿Es bueno el detective ese?

—Bueno... En un día dio con el lugar dónde habían retenido a Perfecto en un primer momento.

Entonces se puso histérica. Claro, yo no le había contado lo de la nave por no preocuparla aún más, pero ahora que ya sabía que Perfecto estaba secuestrado, no tenía por qué omitirle esa información. María Elvira, que tenía los nervios a flor de piel, empezó a chillar como en los culebrones una sarta de preguntas retóricas de este estilo: “quién iba a querer hacerle algo malo a mi hijo, si es un pan de dios”. Cuando se cansó de hacer preguntas al aire y de no obtener respuesta alguna, fue directamente a por mí:

—¿Os habíais metido en algún lío?

—Que yo sepa, en ninguno. Todo estaba (tan aburrido, eso lo omití) como siempre. Yo tampoco me explico lo que ha podido pasar.

—El detective dice que no vayamos a la policía, dice que no digamos nada de lo de los secuestradores, que podrían cabrearse y que nunca volveríamos a ver a Perfecto, ¿qué hacemos?

Eso, María Elvira, pensé, mejor se lo preguntamos a nuestra Lectora, que al menos tendrá una visión mucho más objetiva que nosotras de lo que está pasando. Lectora, ¿qué hacemos?

—Si quieres que tome el aire un rato y me vaya a por el desayuno... sigue leyendo.

—Si, por el contrario, quieres que te lleve a comisaría, al momento en que mi suegra y yo ponemos la denuncia, pincha [aquí](#).

—Para todo lo demás, Mastercard.

EL DESAYUNO

Gracias, Lectora. No aguantaba en esa casa ni un minuto más. Voy a comprar chocolate y churros, que eso le gusta a todo el mundo. A ver si así María Elvira se ablanda un poco y deja de ser tan cabrona.

A ver... dónde hay una churrería... Ah, sí, a la entrada del parque me parece haber visto una. Hay que ser malnacidos. Lo ponen ahí para que los runners, cuando terminan de correr no puedan vencer la tentación de desayunarse unos churritos.

Ya estaba llegando, cuando... ¡No me lo puedo creer! Tú tampoco te lo vas a creer Lectora. ¡Ahí está Höder! El chaval está poniéndose tibio de porras mojadas en chocolate. Me acerco por detrás y lo saludo. El pobre hombre se lleva un buen susto. Creo que se le atraganta la porra y todo. Me saluda tímidamente y me cuenta a trompicones que había corrido diez kilómetros, y que necesitaba reponer fuerzas, pero, la verdad, es que no iba vestido con ropas deportivas, ni si quiera llevaba playeros, sólo sus sempiternas sandalias de cuero, un pantalón ancho de esos de yogui y una camisa de lino amplia. Lo miré de arriba a bajo. Su coartada se desmontaba sola. Él entendió entonces que yo entendía que eso era una bola como una casa y se fue corriendo con las porras y el chocolate, diciendo que tenía que abrir la tienda...

La madre que lo parió, lo suyo con la alimentación sana, era una gran mentira. ¡Qué bien, porque con Mr. Perfect y su comida de pajarito, yo ya había tenido suficiente!

Compré una bolsita de churros recién hechos y dos chocolates y me fui tan contenta a casa. Después del desayuno, ya sí, iríamos directas a la comisaría... Para eso, sigue leyendo, Lectora.

LA COMISARÍA

Yo nunca había estado en una comisaria. Bueno, menos aquella vez, pero como tengo unas lagunas mentales del tamaño del Mar Caspio, que es grande que te cagas, pues no cuenta. Además, no me quedaron ni antecedentes ni nada, solo una bronca tremenda de mis padres por colarme en un súper de noche a hacer botellón. Ah, por eso había sido... Si es que ni lexatin ni orfidal, de verdad que lo que es bueno para olvidar malos momentos es el calimocho. Borra como una goma Milan los embrollos de la cabeza y también los marrones. Aunque visto ya desde una óptica adulta, es mucho mejor el Jagermeister. Eso es como types, borra hasta lo imborrable.

Perio vamos al lío: ya llevamos un ratito sentadas frente a un escritorio de una agente de policía muy seria. Es hora de que abandone por completo mis pensamientos y me meta en la conversación, porque a saber qué le estará contando mi suegra a esta buena mujer. Es capaz de incriminarme en la desaparición de su hijo, hacer que me metan presa y hasta que me pongan la inyección letal, aunque en España no tengamos de eso. Voy a pegar la oreja por si las moscas.

Mi suegra: —Y el pobrecillo ha desaparecido, sabe usted, con lo bueno, lo limpio y lo hacendoso que es. Tengo el alma en un vilo (se dice en vilo, pienso, pero no lo digo, no quiero enemistarme aún más con mi suegra) Estoy en sinvivir (en un sin vivir), se me llevan los demonios (ay, madre, dónde ha aprendido esta mujer el castellano, en un mercadillo)...

Por fin me toca el turno, cuando la agente, cansada de las patadas al diccionario y la falta de concordancia morfosintáctica de mi suegra, me pregunta cuándo fue la última vez que vi a Perfecto. Le cuento lo mismo que a mi suegra. Yo estaba en casa escribiendo una nueva novela de *Martita Dinamita* porque tengo una entrega pronto. Él salió a comprar semillas de chíá. Me dijo textualmente: “Gorda, (era así de majo... Que un argentino te llame gorda o flaca, pase, porque es su cultura, lo hacen con todo el mundo, es cariñoso, pero que un tío de Tocinillos te llame gorda, no me jodáis, ni es cariñoso, ni es nada, es a mala leche, a mucha mala leche) voy a comprar

semillas de chía al Eco”. El Eco es el Ecocentro que está cuatro calles más abajo de casa. Yo le dije que trajese también un poco de panceta de la carnicería, pero sólo para provocarlo, se había hecho vegano la semana anterior, ¿creéis que esto pudo influir en su desaparición? Pregunto a las dos mujeres, reflexionando en voz alta, pero mi pregunta queda convertida en retórica por obra y gracia de sus caras mustias de acelga. Mejor continuo con mi relato. Seguí escribiendo lo de *Martita*, (lo cual era mentira, en cuanto se fue Perfecto, puse la música, la que a mi me gusta, heavy del bueno, a tope, me duché, ya que estaba, me consolé un poquito con la alcachofa de la ducha, qué horrible palabra para algo que puede llegar a darte tanto placer y salí del baño más feliz que una perdiz). Esto mejor lo omito en mi declaración. El caso, prosigo, es que me dieron las once y las doce y la una y Perfecto sin aparecer. Lo llamé. Apagado. Entonces salí a buscarlo. El Ecocentro ya había cerrado. Al día siguiente volví a ir y me contaron que no lo habían visto, así que nunca llegó a ir, tuvieron que interceptarlo antes. Esa misma noche llamé a la policía, pero me dijeron que hasta que no pasaran 48 horas, nada. No quise llamar a María Elvira, para no preocuparla. Pensé que igual Perfecto se había encontrado a algún amigo y se habían liado (literalmente) tomando unas cañas (dije) y se había quedado sin batería y no me había podido avisar. Así que me fui a tomar algo con mis amigas y a contarles lo que había pasado.

—¿Te fuiste de fiesta justo cuando desapareció Perfecto?! —chilló mi suegra.

—Ya te digo, María Elvira, que pensé que él estaría haciendo lo mismo y que amanecería en casa, pero a la mañana siguiente, allí no estaba ni Perfecto ni Perri y ya me empecé a preocupar en serio. Entonces fui a ver a un detective que me habían recomendado y éste, muy rápidamente, encontró el lugar dónde lo habían tenían retenido. Ahí ya sí me asusté y llamé a María Elvira y aquí estamos porque ya han pasado las 48 h.

La pregunta de la policía fue:

—¿Y cómo supo el detective que lo habían tenido retenido en ese lugar?

Me quedé sin poder emitir respuesta, la verdad es que no lo sabía, no se lo había preguntado y, era una pregunta interesante.

—¿Cree que el detective tiene algo que ver con su desaparición?— Pensé en voz alta, como teniendo una iluminación.

—Ninguna hipótesis puede ser desechada en esta fase de la investigación.

¿Quién le proporcionó su contacto?

Al instante, el humo rojo de la whiskería vino a mi cabeza y visualicé entre mis escasos recuerdos de aquella noche (sí, hubo mucho Jäger) al detective, sentado de espaldas a mí viendo a las chicas de la pole dance.

—Alguien me metió la tarjeta en el bolsillo, creo que una de mis amigas—, mentí para salvar el culo.

Mi suegra fue incisiva. —Así que llamaste a un investigador que no sabes ni quién te recomendó...

La miré sin saber qué decirle, en mi cabeza se reproducía ya aquella frase de los 90: “La noche me confunde...” pero no era plan de soltarle eso, por suerte, la agente de la ley salió en mi rescate.

—En cualquier caso, sea cómplice o no del secuestro de Perfecto, está bien tenerlo rondando, porque nos ayuda a acercarnos a su hijo, señora, así que vamos a seguir a ese investigador a ver a dónde nos lleva... ¿Algo más destacable?

—La llamada—, dije tímidamente. Mi suegra me miró con su cara de *serial killer*. Después de tenerla un día conmigo me he dado cuenta de que su cara de odio tiene escalas, puede pasar de asesina en grado de tentativa, a *psico killer* pasando por el descuartizador de Denver. Qué tía, si hubiese interpretado ella a Hannibal Lecter en vez de Anthony Hopkins, le hubieran dado el Oscar y todos los demás premiados el suyo por miedo a que les comiera los cerebros. Ya me estoy desviando, Julia, vuelve a la conversación... Mi suegra está explicándole a la policía la llamada que habíamos recibido.

—Nos han pedido dinero. Luego llamamos al investigador para ver qué hacíamos y nos recomendó que no dijéramos nada a la policía.

—Um, ese investigador no me da buena espina—, dijo la detective—. ¿Pueden darme sus señas?

Saqué su tarjeta del bolso y se la di.

—¿Les pidieron alguna cantidad concreta?

—No les dio tiempo, María Elvira me arrebató el teléfono y colgaron.

—¿No han vuelto a llamar?

—No.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la llamada?

—Pues fue a las 6 de la mañana y son las 9.

—Bueno, aún es pronto. Seguramente vuelvan a llamar a lo largo del día

de hoy. Mientras, yo misma voy a encargarme de seguir a ese detective.
¿Estamos?

—Estamos.

—Si hay algún avance en la investigación, se lo haré saber.

—Muchas gracias— dijimos las dos al unísono con cierta esperanza.

Aún así, salimos de allí intranquilas. No estábamos seguras de haber obrado bien contándole lo de la llamada a la policía, pero qué otra cosa podíamos hacer.

Bueno, Lectora, llegadas a este punto, ¿qué hacemos ahora?

—¡Salimos a buscar a Perfecto por nuestra cuenta! Lo siento Lectora, María Elvira no nos deja elegir, ya elige ella por nosotras. ¿A qué tú también la odias? Sigue leyendo, igual encontramos la manera de darle esquinazo...

EN BUSCA DEL PERFECTO PERDIDO

Una de las peores cosas que te pueden pasar una mañana de viernes es que te manden a paseo, pero ya si te mandan a paseo con tu suegra, la cosas se pone fea, fea. ¿Verdad que sí, Lectora? ¿Qué opinas de María Elvira? Lleva un día aquí entre nosotras, y creo que te ha dado tiempo a calarla. Estoy segura de que, si te la encontrases en un callejón a oscuras, cambiarías de acera, por la cuenta que te trae. Este paseo va a ser un infierno y lo sabes. Vamos, allá. Señor, dame paciencia.

No llevamos ni andado cincuenta metros, cuando nos encontramos a Höder. “¡Joder, qué mala suerte!”, con lo lista que es mi suegra, seguro que se da cuenta del percal. El chico, que en esta ocasión no está comiendo nada, ni grasiento ni ecológico, viene directo a saludarme y me planta dos besos como dos soles, después besa a María Elvira que se queda estupefacta, pero así de natural y afectivo es este austriaco. Para que no haya ningún problema, decido coger la conversación por los cuernos, digo que, tomo la palabra:

—Hola Höder, esta es la madre de Perfecto, acabamos de venir de poner una denuncia por su desaparición.

—¿Sabéis algo más?

—No—, dice María Elvira tajante—, y ahora si nos disculpas, vamos a buscarlo.

Entonces agradezco al universo, y sin que sirva de precedente, que mi suegra sea tan borde, ya que ha terminado enseguida aquella situación que me resultaba de lo más embarazosa. Pongo mi mejor cara de circunstancias y me despido con la mano de Joder, mientras sigo a María Elvira calle abajo, que me saca ya por lo menos cincuenta metros.

Llego a su altura porque la ha detenido un semáforo en rojo, si no, ya estaría en Parla, la tía. ¿A dónde va con tanta prisa? Si total no tenemos ninguna pista. Aprovecho el tiempo muerto del paso de cebra para ojear rápidamente el WhatsApp. Tengo quince mensajes. Cinco de Margarita que estaba mejor de la suyo y que puede quedar cuando salga del curro. Le contesto que, si consigo liberarme de mi suegra, la paso a buscar por la radio,

que no le prometo nada. Erika sigue sin dar señales de vida, debe estar practicando todo el Kamasutra. Sandra dice que igual puede unirse esta noche, después de cerrar un pacto económico muy importante. No sé si será con el Sr. Solnaciente. Y también hay un WhatsApp de Luis: “¿Qué tal Julia? ¿Cómo va el martirio?”

¡Qué majo! En un primer momento pensé que iba a preguntarme por *Martita Dinamita*, la prota del libro que le debo, pero este chico parece que tiene corazón y realmente se compadece de mí. Hay que ver lo que son las cosas. Ahora mismo, lo que más me apetece del mundo es ir al grasabar de Tomás qué tomas y sentarme a beber unas cañas con Luis hasta que el colesterol nos suba a 200, a base de tapitas de morro, jeta, cortezas y demás delicias patrias. Pero, no, ahí estaba ella, con la mirada puesta en un taxi para recordarme que teníamos cosas que hacer. María Elvira, para no vivir en la gran ciudad, se comporta como una urbanita de pro, y es que si la vierais cruzas la calle como una exhalación y coger el taxi al vuelo, fliparíais. Tuve que correr para que no me dejara en tierra.

—¿A dónde vamos María Elvira?

—Quiero que me lleves a la nave esa, la que descubrió el inspector.

—Eso está hecho.

Nos subimos al taxi y resulta que el taxista es del pueblo de al lado de Tocinillos, por lo que mi suegra se muestra de lo más amable, dándole coba hasta García Noblejas. Vaya aguante, porque el taxista es de los de cope en el dial, cadena de oro en el pecho y puro en la boca. Un typical rancio ibérico, que, como el lince, pobrecillo el lince, por fortuna, me refiero al rancio ibérico, no al felino, está en vías de extinción. O eso creía yo, pero el taxista nos dijo que tenía que parar un momento en la “oficina” a dejar la recaudación, y la oficina, que se avistaba desde el taxi estaba llena de otros especímenes similares. Más que un bar, parecía la sala de espera del casting de Torrente. En fin, no tuvimos que esperar mucho, sólo a que el buen hombre se despachara a gusto su sol y sombra y su montadito de jamón del *güeno*, como lo denominó al entrar al coche, y como pudimos constatar más tarde, al oler un sonoro eructo con el nos amenizó el viaje. Eso sí, se empeñó en hacernos rebaja en la carrera, una vez llegamos a la nave en cuestión, exactamente nos rebajó cincuenta céntimos de euro. Un primor, el señor.

Como era de esperar, la nave está cerrada a cal y canto. La bordeamos por si tiene una puerta trasera o algún acceso a parte del portón grande. En un

lateral, a media altura, vemos una ventana. Mi suegra se empeña en que enlace mis manos para que ella pueda posar la planta de su zapato en ellas y así alzarse para ver si ve algo. Uf, se pensará la tía que no pesa, me digo a mí misma, mientras ella, mucho menos escrupulosa que yo con el daño que pudiera hacerle a mis sentimientos suelta:

—Debo ser yo la que suba, porque si tengo que cargar contigo, me sale una hernia fijo.

Otra vez metiéndose con mi peso, la tía guarra. Habrase visto... Contesto muy calmada, pero eso sí con cierta retranca:

—Claro, María Elvira, a tu edad cualquier esfuerzo puede ser letal—. Y me deleito en la pronunciación del le-tal. Me mira con su cara de odio en una escala de 8.9, más o menos la misma que le puso Cersei Lannister a Khaleesi, y nada, la aúpo. Dice que es imposible ver nada, que los cristales tienen más mierda que el palo un gallinero, que parecen los de mi casa. Otro ataque, y otro zasca:

—Ya, hace un mes que le tocaba limpiarlos a Perfecto.

No le queda otra que callarse, pero la tía sigue ahí mirando. De repente, empieza a moverse, diciendo que había visto una sombra. Yo, desde abajo, trato de mover las manos para no perder el equilibrio, pero ella se mueve sin parar y, “¡cataplás!” Al suelo las dos.

—¿Estás bien, María Elvira?

—¡Llama! ¡Llama al timbre, he visto a alguien! —grita desde el suelo.

Me levanto corriendo y aporreo el portón, casi quemo el timbre, pero allí nadie contesta. Me extraña que María Elvira no aparezca tras de mí, para aporrear el portón con más saña. Vuelvo al lateral donde nos habíamos caído, y nada, que no está. Rodeo toda la nave, y nada. Mi sueño se ha hecho realidad. Ha venido un OVNI y la ha abducido. Fuera de coñas, me empiezo a preocupar, ¿dónde se ha metido esta mujer? Pregunto a un señor que pasa por la calle, si la ha visto. Me dice que no, pero que si quiero una suegra que él me presta encantado a la suya. No estoy para bromas, no sé qué hacer. Me siento en un murete delante de la nave a pensar: ¿llamo a la policía? ¿Mantengo la calma y espero un poco? No, mejor llamar a la inspectora, que para eso está... Saco el móvil del bolsillo y me dispongo a marcar cuando alguien me toca la espalda. Pego un respingo y un grito todo junto:

—¡María Elvira, coño, que me va a dar un infarto!

—Pues anda que, a mí, que por poco me dejas coja.

—¿Dónde estabas?

—Fui ahí detrás, a un bar, a ponerme un poco de hielo en la rodilla, que me la has desgraciado.

—Lo siento, mujer, es que te pusiste a moverte y perdí el equilibrio. ¿Cómo era la sombra que viste?

—Na, era un reflejo de la luz. Ahí adentro no hay nadie.

—Vaya, ¿qué quieres que hagamos ahora?

—Yo voy a ir al hospital a que me vean esto.

—Te acompaño.

—No, no, tú vete a trabajar, que tendrás que entregar esa novela.

Me sorprende muchísimo que mi suegra tenga en consideración mi trabajo. No quiero perder la oportunidad de librarme de ella un rato, así que acepto su oferta encantada.

—Muy bien, María Elvira, así lo haremos, ¿te pido un taxi?

—No te preocupes, ya lo pido yo— y se saca del bolsillo la tarjeta del taxista de Tocinillos.

Allá ella, pienso y me despido. Enfilo calle arriba buscando la parada de metro más cercana, que según Google Maps es Ciudad Lineal.

Lectora, esto es increíble, un ratito para mí misma, un oasis en este desierto que es la desaparición de Perfecto. ¿Qué hacemos?

—Nos vamos a casa a currar a tope. (Pincha [aquí](#)).

—Pasamos a buscar a Marga por la radio. (Sigue leyendo)

A LA RADIO

Gracias Lectora, llevo unos días sin ver a mis amigas, y la verdad es que con todo esto que me está pasando las necesito. El metro me deja cerca del edificio de la radio en el que trabaja Margarita, Radio PECO. Una emisora de lo más conservadora, donde Marga se desenvuelve como pez en el agua, rodeada de viejos líderes de opinión que la tratan con paternalismo y condescendencia, pero eso a ella parece no importarle con tal de que la dejen radiar partidos de segunda división, su pasión. Su sueño, claro está era radiar los de primera, pero el terreno está lleno de obstáculos y hay ostias por esos puestos. Pero bueno, como no es muy ambiciosa, con la segunda b está más que contenta. De lo único que se queja eso sí, es de su sueldo de mierda. Que a sus 33 años sigue siendo de becaria. Más de una vez estuvimos a las puertas de Comisiones Obreras para denunciar esa ilegalidad, pero ella, prudente, nunca quiso dar el paso, pues se olía que, de protestar, acabaría sin trabajo. Tampoco tenía ganas de buscar otro trabajo por doscientos o trescientos euros más y perder la antigüedad y el puesto que tenía. La facilidad para hacer las cosas y el conocimiento de todo, le producían seguridad, sentía una inmensa pereza por los cambios, y así estaba la muchacha, estancadita perdida.

Me planto en la quinta planta y voy hasta el estudio de Margarita. Me gustaba verla en la pecera, totalmente absorta en su trabajo con los cascos puestos. Me meto en el control con Leti, ya me conoce de verme por allí más veces. Me saluda con una sonrisa mientras sigue a lo suyo. Yo me quedo en una esquinita y me limito a saludar a Marga con la palma desde este lado del cristal insonorizado. Ella me responde haciéndome un gesto con la mano para que entre. Así que entro en la pecera y me siento con ella.

—Hay unos minutos de publi— dice mientras se quita los cascos—. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

Me despacho a gusto con mi suegra mirando fijamente a Marga, que, si es una bruja, que se ha instalado en casa, que está loca y no para de insultarme, que blablablá... Estamos tan concentradas en poner pingando a María Elvira que ni mi amiga ni yo nos percatamos de las señas desesperadas que nos está

haciendo Leti. Al girarnos y verla, con horror comprendemos que toda nuestra conversación ha salido al aire. ¡Mierda! Lo que me faltaba, que mi suegra escuchara aquello. Aunque, bueno, había que tranquilizarse, también sería casualidad, y mucha, que justo estuviera escuchando la PECO en aquel momento. Marga, como buena profesional que era, recuperó la batuta del programa y lo despidió hasta el día siguiente. Salimos juntas de allí, directas a un sitio cercano a zamparnos un par de bocatas de calamares, que ya va habiendo gusa y en ese sitio los ponen muy buenos.

Margarita tenía mejor el pie. Me pregunta cómo van los avances con la investigación de Perfecto y le cuento las últimas cosas que han pasado. Básicamente, que hemos recibido una llamada con voz loquendo de los supuestos secuestradores, que hemos ido a la comisaría a poner la denuncia y que hemos vuelto a la nave. Todo bastante preocupante. En ese momento me suena el móvil. Es un número que no conozco. Empiezo a ponerme nerviosa.

—¿Sí? —respondo entre temerosa y esperanzada. Es la voz loquendo, pongo el manos libres para que Marga también pueda escuchar.

—Si quiere volver a ver a Perfecto, siga mis instrucciones al pie de la letra. Deje 10.000 euros en el Retiro. En la segunda papelera a mano derecha según entra por la puerta de Granada. Tiene hasta las 20:00 para reunir el dinero. No llame a la policía.

—Oiga, oiga... —chillo desesperada, pero Loquendo ya ha colgado. Margarita y servidora nos miramos estupefactas. ¡10.000 euros! Eso son todos mis ahorros, lo que había conseguido juntar después de diez años trabajando. “Uf”. Tenía que informar de esto a María Elvira inmediatamente.

La llamo, también con el manos libres puesto para que Marga no pierda detalle de la conversación. María Elvira me dice que también la han llamado a ella y que tiene que dejar la misma cantidad de dinero en otro sitio, que está yendo al banco para sacar el dinero, que yo debo hacer lo mismo, que sólo así nos devolverán a Perfecto. Le consulto si no será buena idea avisar de esto a la inspectora y ella se niega tajantemente.

—Si metemos a la policía en esto, Perfecto nunca aparecerá.

Puede que tenga razón. Colgamos.

—Marga, nos acabamos los bocatas y las cañas y salimos pitando para el banco...

—¿Les vas a dar toda esa pasta?

—A ver, qué quieres que haga...

Cuando estoy apretándome la cerveza del trago, una figura no identificada me tapa la luz que entra por la ventana, dejándome en sombra. Me quito el vaso de la boca y miro a ver quién es. ¡Luis! No podía creérmelo. ¡Mierda!, no estaba bien que me encontrara otra vez en un bar, bebiendo. No por nada, si no porque se suponía que estaba buscando a Perfecto como una loca, y por eso había retrasado el plazo de entrega del primer capítulo de mi novelita.

—Vaya, qué casualidad. Siempre nos encontramos en los bares más castizos de la ciudad. Tienes buen gusto.

—Hola Luis, ¿qué haces aquí?

—Trabajo aquí al lado, ¿recuerdas?

Anda era verdad, no me había dado cuenta, pero la editorial estaba ahí al ladito.

—Si quieres quedarte con esta mesa para comer, nosotras ya nos íbamos. Acabamos de recibir una llamada de los secuestradores de Perfecto.

Le cambió la cara y pasó a la preocupación de súbito:

—¿Qué me dices?! ¿Qué te han dicho?!

—Que lleve 10.000 euros al Retiro, y a mi suegra lo mismo, sólo así nos lo devolverán.

—¿Y no vais a avisar a la policía?

—Estuvimos esta mañana poniendo la denuncia, pero mi suegra prefiere que no digamos nada, tiene miedo de que, si metemos a la policía en esto, nunca más volvamos a ver a Perfecto.

—¿Y ahora vais...?

—Al banco, antes de que nos cierre, a sacar el dinero.

—Venga, que os acompaño.

—Pero...

—No hay pero que valga. Lo de parar para comer está sobrevalorado. Por cierto, soy Luis— le dice a Marga, dándole dos besos. Yo apuntillo que es mi jefe. Margarita le sonríe y le dice:

— Ya me gustaría a mí tener un jefe así de majo—. Ese majo tenía un doble sentido de la hostia, podía leerle el cerebro a Marga como si llevase subtítulos. La tía estaba pensando, pero qué bueno está este hombre y que encantador que es... Pues sí, amiga, sí, un encanto.

Salimos de allí y buscamos una sucursal. Pensé que iban a ponerme más pegas para sacar 10.000 euros, pero no le dieron mayor importancia. Como se

notaba que estábamos en el barrio de Salamanca. Allí eso debía ser lo normal, el *cash* que sacaba la gente para hacer la compra del mes. Lo metimos todo en una bolsa de Lidl que tenía Marga en su bolso. A saber por qué, se le pegaban esas manías de las viejas con las que vivía. Pero bueno, nos venía de perlas, porque ahora no parecía que tuviésemos 10.000 euros en efectivo, sólo unos yogures.

Nos dirigimos con paso presto hacia el Retiro, y a la hora en punto, en el lugar indicado, es decir, en la papelería, pusimos la bolsa del supermercado alemán con los 10.000 euros dentro. ¡Madre mía! Eso sí que era tirar el dinero y no lo que me decía siempre mi madre que hacía cuando de adolescente me daba por gastarme la paga en la sala recreativa de mi pueblo. Sí, soy de esas personas que conocieron la existencia de las salas recreativas, ¿qué pasa? A Luis le habíamos dicho que entrara al parque por otra puerta, para que pudiese vigilar tranquilamente sin que nadie lo asociara con nosotras. Mientras, Margarita y yo, tras tirar la pasta a la papelería, nos escabullimos detrás de unos setos. Al instante sonó mi móvil. Era la voz loquendo, que con poca amabilidad me invitaba a irme de allí. Me dijo que me fuera a mi casa, donde estaría esperándome Perfecto. Menos mal que teníamos la baza de Luis. Antes de irme del parque del todo, llamé a mi suegra y le comenté que yo había hecho ya mi entrega. Ella me dijo que también había hecho la suya y que estaba yendo para casa donde debía estar Perfecto, esperándonos.

—Bien, nos veremos allí—, le dije. Marga y servidora paramos un taxi y pusimos rápidamente rumbo a Ríos Rosas. Mientras, nos íbamos comunicando con Luis por WhatsApp.

LUIS: “Estoy en el banco, frente a la papelería y aquí aún no ha llegado nadie”.

YO: “Igual están esperando a que no haya nadie por allí cerca”.

LUIS: Tienes razón. Voy a echarme en el césped, debajo de un árbol y hacer como que leo.

YO: Bien pensado.

LUIS: ¡Se acerca alguien! Voy a grabar.

Marga y yo estábamos con el alma en vilo siguiendo en riguroso directo, concretamente por el stories en vivo del Instagram de Luis, todo aquello.

—¡No me lo puedo creer, la madre que la parió! —grité en el taxi, provocando un frenazo repentino del taxista. —La que está hurgando en la

papelera es ¡María Elvira! Me la está jugando!

Margarita no da crédito. Yo tampoco, bueno, bien pensado, sí que doy porque acabo de aflojar diez mil euros, así, alegremente. Llamo a Luis y le digo que esa es mi suegra, que corra tras ella. Luis, todavía grabando corre hasta placar a María Elvira. Entonces su móvil rueda por el suelo. Sólo vemos asfalto. ¡Ay, qué tensión! Marga y yo estamos con el corazón en un puño hasta que Luis coge de nuevo el teléfono y podemos ver cómo María Elvira huye cojeando, mientras Luis recupera el resuello y me enseña triunfal, la bolsa del Lidl. Nunca me he alegrado tanto de ver una bolsa de supermercado, ni cuando era estudiante y no tenía para comer me hubiese hecho tantísima ilusión ver una. Llevadas por la euforia, Margarita y yo nos ponemos a gritar como locas en el taxi. El taxidermista, lo digo por un camaleón que llevaba disecado sobre el cuentakilómetros, nos mira con odio a través del retrovisor. Percatándome de ello, le digo a Luis que coja rápidamente un Uber. Recalco lo de Uber, y le digo que se venga para casa. Le doy la dirección y cuelgo.

Marga y yo estamos excitadísimas, acabamos de vivir un suceso trepidante. Estamos tan nerviosas que no paramos de decir cosas sin sentido, atropellándonos la una a la otra al hablar. Después, cuando nos vamos tranquilizando, nos ponemos a atar cabos.

—Si mi suegra estaba conchabada con el de loquendo, ¿por qué se había alterado tanto la primera vez que nos llamó?

—Igual es que es muy buena actriz—, dijo Marga.

—Puede... pero, ¿no será todo un timo? Lo mejor es ir a la comisaría a informar de esto a la inspectora y enseñarle el vídeo.

Pagamos la carrera y subimos para casa. Cuando abro la puerta de mi piso y veo que toda la casa está vacía, sin un solo mueble, sin la tele, ni los electrodomésticos, ni ¡horror! mi portátil donde guardaba todo mi trabajo, se me cae el alma a los pies.

—Me lo han robado todo.

Sólo me han dejado algo de ropa, los libros y mi colección de pins de los años 90'. Sin poder evitarlo, me echo a llorar desconsoladamente, cual niña pequeña. Menos mal que Marga está allí. Luis nos encuentra sentadas en el suelo en el medio del apartamento vacío. Yo, llorando a moco tendido, y Marga, abrazándome, tratando, la pobre, de consolarme. Marta le explica a Luis lo que ha pasado, lo que por otro lado se explicaba solo. Nada más

quedaban las marcas que dejan los muebles en las paredes blancas. Yo sollozando sólo atino a decir:

—El ordenador también... guaaaa....

—No te preocupes ahora por la novela—, me dice Luis—, ya lo solucionaremos.

En cuanto me repongo un poco, me levanto y les pido que me acompañen. ¿A dónde vamos?, preguntan, los pobres. Y eso mismo te pregunto yo a ti, Lectora, ¿a dónde?

—A la comisaría de cabeza... (Pincha [aquí](#)).

—A por un sicario que se cargue a mi suegra. (Pincha [aquí](#)).

MARTITA DINAMITA

Érase que se era una niña detective. Su afición por los misterios nació muy pronto. Cuando ante sus ojos desapareció de súbito, como si se volatizase, Coco, el caniche del vecino. A ese misterio, le siguieron otros muchos, el extraño caso de la desaparición de las acelgas puag, o el de la tele grande. Su madre siempre la acusaba a ella de tener un don para hacer explotar las cosas, pero esto era absurdo, totalmente absurdo. La verdad es que su madre empeñaba las cosas, que luego le acusaba a ella de explotar. Ya se había acostumbrado a esa mentira aceptada por ambas de tener superpoderes, prefería eso, antes que entristecer a su madre con la evidente verdad, eran pobres de solemnidad. Aún así, no les faltaba de nada, porque su madre sí que tenía un súper poder, el arte de birlar.

No obstante, la cosa pasó a mayores cuando desapareció el ascensor del edificio. Ese sí que era un caso, digno de estudio...

Me gusta. Uf, ya he escrito bastante por hoy, ahora sí que sí, a cotorrear con mi amiga. (Pincha [aquí](#)).

A POR EL SICARIO-ACABAMOS EN COMISARÍA

Amiga Lectora, por mucho que nos guste la idea de que le den un buen susto a María Elvira y a su niño Perfecto, sabes tan bien como yo, que lo del sicario está mal visto y además podría mandarnos directitas a la cárcel. Y no queremos eso, que los monos naranjas no combinan con nada. Así que mejor nos vamos a la comisaría y que sea la familia Rubio Casado la que acabe entre rejas. ¿Os imagináis a María Elvira en prisión? Yo me apiado de las pobres reclusas que tenga de compañeras, no saben lo que les espera.

Luis, Marga, servidora y la bolsa del Lidl vamos con paso presto a comisaría. Al llegar, resulta que la inspectora que lleva el caso no está, por lo que tenemos que esperarla. Allí sentados, echamos las horas sin parar de comer conguitos de la máquina, mientras repasamos y ordenamos los acontecimientos de los últimos días, sacando nuestras propias conclusiones. Los cacahuetes bañados en chocolate que parecen cacas de cabra, deliciosas cacas de cabra, nos están despejando la mente y dándonos lucidez. Debe ser el azúcar, pero yo ahora mismo siento que tengo mucho más claro todo este embrollo. Ya puedo contarle mis pesquisas a la inspectora, que en cuanto me ve, según entra por la puerta, me guiña un ojo y me dice:

—Tengo noticias frescas.

A lo que contesto:

—Pues anda que yo...

La inspectora me mira preocupada y nos hace pasar a su despacho. Nos sentamos frente a ella. Mientras enciende el ordenador, nos cuenta lo qué ha averiguado. Nos dice que ha seguido hasta la famosa nave de García Noblejas al detective privado. Allí, el chico ha estado aproximadamente una hora. Al término, ha salido con una mujer, a la cual no pudo ver bien porque llevaba un abrigo con capucha puesta y gafas de sol. Entonces, han cogido un taxi, y han desaparecido sin darle a ella tiempo a seguirlos en su coche.

—Esa mujer era mi suegra—. Sentencio, captando de inmediato toda la atención de la inspectora.

Entre los tres, Margarita, Luis y servidora le contamos los últimos

acontecimientos. Cómo María Elvira y yo fuimos hasta la nave, cómo ella debió de ver a alguien en el interior y me dio carpetazo para quedarse allí, ya que seguramente era Perfecto el que estaba dentro. Después le contamos lo de la llamada de loquendo, lo de la pasta, el placaje de Luis que acompañamos del vídeo y por último lo del piso, por lo que quiero poner una denuncia, claro.

La inspectora flipa. Tiene la boca abierta todo el rato. Está muy claro lo que ha pasado, me dice. Te han estafado. Gracias, pero de eso ya me he dado cuenta, pienso, pero no lo digo porque no quiero ser una borde. Me limito a recomponer con todos aquellos datos una hipótesis de lo que ha pasado. Empieza la inspectora y todos tiramos del hilo hasta que tenemos historia:

—Perfecto se ha conchabado con el detective para sacarte todos tus ahorros y saquearte el piso entero. Con lo que no contaban es con que llamas a tu exsuegra a Tocinillos y le dieras el notición de que Perfecto había desaparecido.

—Claro—, dije yo—Pensaron que eso no lo haría porque no la soporto, pero una es humana y capaz de ponerse en la piel de una madre. La mujer tenía que saber lo que le había ocurrido a su hijo.

—Con lo que tampoco contaban—, apuntilló Marga— es con que María Elvira se plantase en Madrid, y menos, que se instalase en casa de Julia.

—Concretamente, en mi cama. Con eso no contaba nadie.

—Tampoco contaban conque denunciarais juntas la desaparición y que os pusierais a buscar a Perfecto por vuestra cuenta como locas—comenta la inspectora.

—Lo que es seguro es que, durante ese tiempo, María Elvira estuvo como yo, pensando que a su hijo lo habían secuestrado.

—Sí—confirmó la inspectora—, no fue hasta que lo vio en el interior de la nave, y él le explicó lo que pasaba, que decidió seguir su plan y desplumarte como a un capón en Navidad.

Nunca me habían comparado con un capón, pero me sentía igual.

—Entonces supo darte esquinazo y siguiendo las instrucciones del detective y de Perfecto se metió de lleno en la estafa—concluye Luis.

—¡Exacto! —dice la inspectora—. De 3 a 5 años de cárcel por cómplice.

—¡Qué la detengan! —grito, y Luis y Marta corearon, o al menos en mi imaginación es así, ¿vale?: “que es una mentirosa, malvada y peligrosa”...

—Tranquila—, zanja la inspectora—. Se van a enterar estos dos.

—Tres—, puntualizo—, no te olvides del detective, que además me ha sacado 500 euros por sus servicios y yo pensando como una tonta, que el hombre era de lo más profesional.

—Vamos a cursar una orden de búsqueda y captura. No habrán ido muy lejos.

—No creo que hayan sido tan tontos de volver a Tocinillos—, pero podríais probar, le digo.

—Ahora mismo llamo a la comisaría más cercana.

Aunque la inspectora me dio muchos ánimos y se puso totalmente de mi lado, yo me sentía estafada y completamente tonta. Menos mal que allí estaban para alegrarme la tarde, Margarita y Luis, mi jefe, quién lo hubiera dicho hace tan sólo dos días. No permitieron que me derrumbara, y tras cambiar la cerradura de casa, aunque allí no quedaba ya más nada que pudiesen robarme, me llevaron a mi grasabar favorito. Allí, los tres, el trío calavera, ahogamos las penas en cerveza. Tomás qué tomas compadeciéndose de mi precaria situación, me puso tapa doble con cada consumición. Mañana será otro día, ahora toca poner el colesterol a doscientos y el hígado a mil, porque el corazón y la casa, los tengo a cero.

Menos mal que Luis había recuperado mis diez mil euros, de lo contrario, me hubiese quedado literalmente con lo puesto. ¿Qué habría llevado a Perfecto a obrar así? Vale que llevábamos meses muy distanciados, que nos comunicábamos menos que dos almejas en el fondo del mar, que cada uno hacía su vida, pero de ahí a robarme... Aunque solo fuera porque un día, un lejano, *far far away, fucking* día nos quisimos, no debería haberme hecho esto. Perfecto se había vuelto superficial y estirado, pero de volverse gilipollas a volverse mala persona había un trecho. Aquello sólo se entendía si es que estaba en una situación grave, pero, ¿qué situación podía llevarlo a saquearme? Joder, podía haberme pedido ayuda en vez de robarme. Se merecía la denuncia. Esperaba que cayera sobre él y sobre ella, la *mamma* cómplice, todo el peso de la ley, y ya de paso que me devolvieran mis cosicas, aunque no albergaba mucha esperanza sobre eso. Éstas y otras conjeturas mentales ocupaban mi cerebro, salpicado de vez en cuando por los chistes malos que estaban intercambiando Marga y Luis y así, caña a caña, chiste a chiste, raye a raye, se nos fue pasando la noche.

Llegada la hora del cierre, con una melopea considerable, toca elegir qué hacer. Luis propone que nos vayamos de fiesta, y Marga dice que se va a

casa, que mañana tiene radio. Yo propongo irme a dormir, pero caigo en seguida en la cuenta de que no tengo cama. Luis me ofrece su sofá, y Marga, que no es tonta, ya ha hecho mutis por el foro. La veo al final de la calle parando a un autobús y guiñándome un ojo.

¿Qué hacemos, Lectora?

—¿Nos vamos a casa de Luis? (Pincha [aquí](#)).

—Dormimos en el duro suelo de casa, rodeadas de ausencias. (Sigue leyendo).

LAS AUSENCIAS

¡A la mierda, Lectora! Cómo pretendes que duerma en el suelo del escenario de un robo. Pero, ¿es qué no tienes corazón? ¿Quieres que caiga en una depresión? ¿No serás prima de María Elvira?

En fin, a grandes males, grandes soluciones, porque me sale a mi de los ovarios, este capítulo está cerrado por obras, así que tienes que seguir la narración en Casa de Luis. ¡Coño, Lectora, que es mucho más interesante para la trama del libro irse a dormir a la casa de un chico tan majo, tan guapo y tan encantador! Sigue leyendo, es una orden.

LA CASA DE LUIS

Siento decepcionarte, Lectora, pero fue poner mi culo serrano en el sofá del salón de Luis y quedarme más frita que la chistorra del grasabar. Ay, me atormenta pensar que debí roncar y todo en fa sostenido, mezcla con morsa marina.

Al despertar, noto con desagrado que tengo toda la almohada llena de babilla, al igual que mi cara, donde se ha quedado reseca. ¡Qué reseca!—, digo, ¡qué resaca! A ver, cerebro, evaluemos la situación. *Rewind modo on*: estoy durmiendo en el sofá de Casa de Luis porque ayer fuimos al bar de Tomás que tomas con Marga después de cambiar la cerradura de mi casa que habían saqueado... ¡Vale, vale, vale! Demasiado para mis neuronas, aún no han desayunado. Por suerte, de la cocina viene un olor a pan tostado y café, que hace que me ponga en pie y siga su estela como en los dibujos animados. Al asomarse a la puerta, allí está él, con un mandil de esos horteras que te dibujan sobre el cuerpo vestido un cuerpo desnudo con pelos por doquier. ¡Horrible! Aunque para compensar hay una impresionante mesa de desayuno con, ¡oh dios!, me empiezan a sonar las tripas: fruta, cereales, tostadas, huevos, jamón, aguacate y café con leche.

—Me he muerto y estoy en el cielo—, digo con mi mejor sonrisa (Babilla reseca incluida).

Luis sonrío, me invita a sentarme y desayunamos como reyes. No hay nada mejor para la resaca que un buen zumo recién licuado. Y ahí tengo el mío, de piña y mango, mi preferido. ¡Qué delicia!

—¿Has visto que desnudo gano? —dice Luis haciendo referencia a su horrendo mandil.

—¿Quién te ha regalado eso? ¿Tu peor enemigo? —le contestó riéndome.

—Del último amigo invisible, creo que fue la de contabilidad, como le di una vez largas para ir a cenar...

—¡Vaya con el rompecorazones!

—Es que la muchacha no es de mi estilo.

—¿Y cuál es tu estilo?

—Así—, dice señalándome—, un poco piradas...

Noto que me estoy poniendo roja por momentos. Él se da cuenta y me dice:

—No me refería a ti, me refería a ella—. Entonces miro hacia atrás y veo un cuadro con la cara de Patty Smith.

—Aunque tú estás más o menos igual de pirada que Patty.

—Ya me gustaría a mí escribir como ella. ¿Leíste *Éramos unos niños*? —le digo.

—¡Me encantó! —Y sale corriendo al salón con aquel mandil ridículo, al instante vuelve con un ejemplar del libro, totalmente ajado, lleno de posits y subrayados.

—¡La leche, sí que te marcó!

—Algún día me gustaría escribir algo así.

—Y a mí... ¿Eso es lo que estás escribiendo? ¿Una novela autobiográfica? —le pregunto.

—No, autobiográfica, no. Mi vida no da para tanto, pero una novela, sí, —dijo Luis con franca humildad.

—¿Podré leerla?

—Cuando la acabe, y para eso aún queda mucho.

Y entonces sin venir a cuento me puse triste.

—¿Qué te pasa?

Sollozando dije, acabo de caer en la cuenta de que me han robado el ordenador, con TODO. TODO.

—¿No tenías copias de seguridad?

—También se las han llevado.

—La madre que los parió.

—¿Ibas muy avanzada con la novela de *Martita Dinamita*?

Contesto con un sonido gutural que suena a afirmación. Yo no quiero mentir. No llevaba ni un mísero capítulo escrito, pero por muy encantador que fuera Luis, que no había duda de que lo era, no podíamos olvidarnos de que también era mi jefe. Y ya que me habían desplumado, al menos la providencia me servía una excusa en bandeja de plata para mi retraso en la entrega de la novela.

—Tú, tranquila, recuperaremos ese ordenador, cueste lo que cueste.

—¿Cómo?

—¿Nunca has querido protagonizar tu propia novela de detectives?
¡Vamos, a buscarlos! —propuso Luis resolutivo.

Me recompongo con la esperanza recién estrenada de empezar una investigación paralela a la de la policía de la mano de Luis. Aunque ahora no sé muy bien si quiero encontrar mi ordenador porque entonces tendría que entregar la novela pronto. Lo mejor será agenciarme otro ordenador e ir trabajando, pero quien puede pensar en trabajar con semejante lío vital.

Luis me saca de mis pensamientos poniéndome sobre la cabeza un gorro a lo Sherlock Holmes que había ido a buscar a su cuarto.

—¡Este es un caso para Julia Holmes y Luis Watson!

—¿De dónde has sacado esto? —ríó, divertida— ¡Es genial!

—Del museo de Sherlock Holmes en Londres, ¿no lo conoces?

—Nunca he estado en Londres.

—¡¿En serio?!

Asiento.

—Vamos a hacer un pacto—me dice Luis.

—¿Qué pacto?

—Si damos con tus cosas. Es decir, si nuestra investigación es todo un éxito, tú y yo nos vamos un finde a Londres, como premio.

—Suena *very good*—le estrecho la mano sonriente, sellando el pacto. La verdad es que no tengo ninguna esperanza de encontrar mis cosas, pero bueno, al menos esto es un aliciente más. ¿Por dónde empezar a buscar? Será mejor que Luis y servidora pongamos sobre la mesa nuestras distintas opciones, en base a la información que tenemos.

Lectora, la única pista fiable que tenemos es Tocinillos, así que te propongo...

—Ir de excursión a Tocinillos, por si habían decidido esconderse allí. (Pincha [aquí](#)).

—Ir a pedirle el coche a Tomás que tomas, el tío de Luis para poder ir a Tocinillos. (Sigue leyendo).

PEDIR EL COCHE

Nada más entrar en nuestro Grasabar de referencia, Tomás nos sirve dos cañitas y un plato generoso de torreznos, mientras dice:

—¿No tenéis resaca, parejita?

El hecho de que nos llame parejita dice mucho. ¿Se pensaría Tomás que su sobrino y servidora nos hemos liado? La verdad que lo parece. Estamos ojerosos, yo llevo la misma ropa de ayer, el pelo enredado y despeinado en una coleta... Si me viese desde afuera, yo también apostararía por que nos habíamos liado. Pero todas sabemos que eso no ha ocurrido, en parte porque yo me puse a roncar como un yeti, en parte porque no sabemos si a Luis le intereso en ese sentido. Creo que puede que le guste, pero quién sabe, yo ya no sé nada, dudo de todo, igual le caigo de puta madre y sólo quiere ser mi amigo o igual quiere robarme la cartera. Ya, y, estoy exagerando... pero a los hechos me remito, el que había sido mi pareja durante tres años largos, acababa de desplumarme. Normal que yo ahora tenga el corazón más partio que Alejandro Sanz.

Luis le pide el coche directamente a su tío. Le dice la verdad, que nos vamos a Tocinillos a buscar mis cosas. El tío nos acerca las llaves de su coche, pero antes de posarlas sobre la mano de Luis nos advierte:

—No hagáis tonterías— y de inmediato nos quita las dos cañas que acaba de servirnos y también los torreznos.

—Eh—protesta Luis—, que los torreznos no dan en el control de alcoholemia....

—No des ideas, no des ideas... —contesta Tomás—. ¿Quién va a conducir?

Luis me mira y, como ve que yo no me inmuta, él levanta la mano tímidamente mientras pronunciaba un “yo”. Me alegré tanto de no haberme ofrecido voluntaria en ese momento, pues Tomás empezó con una retahíla de consejos para conducir su coche, que más que un coche, parecía que íbamos a ir a Tocinillos en cohete espacial. Desconecté a los cinco minutos de chapa y

me concentré en un pincho de tortilla que tenía delante. Y es que a mí las resacas me daban un hambre...

Cuando Tomás termina con su batería de indicaciones, por fin, no da la dirección del garaje donde guarda su “bólide”, textualmente como él lo llamó. Y para allá que nos vamos, comentando que en el mundo hay dos tipos de personas, las que aman más a su coche que a su familia y las que aman más a su perro que a su familia. Nosotros éramos una rara excepción, sin perro y sin coche.

El portón del garaje se abre automáticamente y yo me cuelo por debajo de él a toda prisa, siempre me ha dado miedo tener que hacer un Indiana Jones, rodando por el suelo y acabar colándome por una rendija. Luis, como es lógico, se ríe de esta recién conocida manía mía y entra tranquilamente mientras el portón terminaba de abrirse sobre su cabeza. Nos dirigimos a la plaza 16. Allí nos espera un flamante Z4.

—No puede ser verdad, ¿este es el coche de Tomás?

Luis asiente:

—¡El bólide!

—Pues sí que funciona bien el bar...

—Claro, es el único en cien metros a la redonda en el que no te cobran 3,50 euros por un café...

—Y en el que cenas con una caña...

—Además.

Luis abre el coche, nos subimos. Baja la capota, enciendo la radio y ponemos el GPS rumbo a Tocinillos. Me saco un pañuelo del bolso y me lo pongo en la cabeza a lo Audry Hepbur. Cómo me gusta hacer el gilipollas...

—¡A Tocinillos se ha dicho! (Sigue leyendo).

A TOCINILLOS SE HA DICHO

Bien, Lectora, jamás pensé que volvería a poner un pie en Tocinillos y mucho menos con un hombre que no fuera Perfecto, quiero decir..., bueno, tú ya me entiendes. ¿Qué se me iba a mí a perder en el pueblo de mi ex? Nada. Pero la vida es así de perra y las circunstancias apremian, así que no me ha quedado más remedio que ir en busca de mis cosas.

Sólo había estado en Tocinillos una vez. Una vez y me bastó. No lo pude pasar peor, con María Elvira colgada de mi cuello todo el fin de semana. Me sentía observada, como si todo lo que yo hiciese fuese a ser reportado con todo lujo de detalles a mi suegra. Me imaginaba entonces que su cabeza era como un cuartel de operaciones, la sede central de recepción de todas las señales wifi que entraban por los ojos de sus vecinas y vecinos, que me miraban de arriba abajo sin ningún tipo de recato cuando se cruzaban conmigo por el pueblo, recabando así toda la información que eran capaces de almacenar en sus cerebritos para luego ir corriendo a cascárselo a mi querida suegra.

Así que ante el furor que ocasionó mi visita y con tanta expectación que generaban mis actos, no se me ocurrió otra cosa que trajinarme botella y media de aguardiente yo sola, “pin pan, toma Lacasitos”. Cuando llevaba media botella ya no me importó que me viesen todos tal cual era y saqué a pasear mis encantos ocultos, como la barriga cervecera hasta ese momento encorsetada por la cremallera del pantalón; con los tres cuartos de botella, di rienda suelta al eructo de rigor, hasta el momento también reprimido; con la ingesta de la botella entera, ya no me importó que me vieran bailar *la Macarena* subida al billar del disco pub; y ya con la otra media, me dio igual regar con mi vómito los geranios de mi suegra en una llegada triunfal a su casa. Así soy yo, la presión me mata. Por descontado, después de protagonizar semejante escándalo, no había pensado volver a Tocinillos en mi puñetera vida. Sin darme cuenta, me había hecho un favor a mí misma y otro a María Elvira, que después de aquello, no volvió jamás a insistir en que acompañara a Perfecto algún fin de semana.

Y, sin embargo, allá íbamos ahora, a 120 por la A4 con la capota bajada. Sí, Lectora, sí, en descapotable, flipa. Ahora los del pueblo podrán criticarme a gusto y placer mientras se cagan de envidia. No ha sido a posta, qué va, mi mente no es tan retorcida, ha sido pura casualidad. Ha resultado que Tomás que tomas, el dueño de este bólido tiene una pasión oculta por los vehículos de gran cilindrada. Así que este BMW Z3 está lustrado como una patena, para enmarcar. Así que sí, Lectora, lo que estás pensando es cierto. El grasabar es muy rentable. Si es que no hay nada como una buena tapa gratis para que el local se te llene y la cartera también. El caso es que el pobre Tomás solo puede usar su bólido los domingos, que es cuando cierra, por eso nosotros podemos ir ahora tan ricamente surcando la estepa manchega. Eso sí, el coche tiene que estar mañana en su garaje sí o sí. La única pega que tiene el maravilloso deportivo es que, de encontrar las cosas, no sé dónde coño las vamos a meter. No hay asientos traseros y el maletero es tan pequeño que no entra ni una maleta de las que sí te deja subir Ryanair.

Llegamos al desvío de Tocinillos. Es entrar por la carretera comarcal y ya notar las miradas clavadas en nuestras nuca. Hasta las liebres del campo nos miran pasar. Vale, igual exagero, pero es que no os hacéis una idea de cómo es la gente de este pueblo. Se conoce que no están de ver novedades, o eso, o que no les funciona Tele 5.

Aparcamos delante de la iglesia y nos dirigimos andando hasta la casa de María Elvira. Al instante, noto cómo varios vecinos y vecinas salen de su casa con la excusa de sentarse al fresco, silla en mano, sólo para mirarnos pasar como si fuésemos un paso de Semana Santa. Que sólo le faltaba a alguno ponerse a cantarnos una saeta. Qué incomodidad, dios, ¿nadie tiene orujo? —piensa mi cerebro, que ya os digo que no trabaja nada bien bajo presión. Luis, por el contrario, parece no percatarse de los radares móviles que como champiñones han salido a nuestro paso, y sonrío con total desenvoltura, hablando sobre esto o lo otro, pero yo me estoy poniendo frenética.

Por fin avisto los geranios de la casa de María Elvira. Los reconocería hasta en coma, que fue como estaba cuando los regué con mis fluidos naturales y artificiales. La verdad es que se veían la mar de hermosos, les había sentado de lujo ese baño de aguardiente. Fue acercarnos y llamar al timbre de la casa, para sentir de súbito todas las miradas de los vecinos concentradas en nuestros cogotes, como si tuvieran rayos X. Me asusté al

pensar que igual eran capaces de leer mis pensamientos. Por suerte en aquel pueblo no eran mucho de leer. Que ya, que soy una exagerada, pero, esta vez, hasta Luis lo notó, porque me dijo bajito: “me parece que somos el entretenimiento de toda esa gente”.

Entonces, por fin, se abre la puerta de la casa y aparece Reinaldo, el padre de Perfecto, que ni siquiera me reconoce. Tengo entonces que explicarle quién soy. Cuando le digo que Julia, la novia de Perfecto (su familia aún no sabía lo de nuestra ruptura, al menos antes de su desaparición, no sabían nada), me pega una palmada cariñosa a la par que estruendosa en la espalda y un par de besos. Se hace a un lado y nos dice que pasemos. Entramos hasta la cocina, donde el buen hombre se estaba poniendo tibio a base de queso de oveja en aceite, chorizo ibérico y un vinito cosechero de la tierra, que, dicho sea de paso, como pude comprobar inmediatamente, estaba muy bueno.

Reinaldo nos ofrece pan y vino tan amablemente, que no vamos a hacerle un feo. Mientras comemos a dos carrillos, constatamos que Reinaldo no tiene ni idea de nada. Dice que su mujer se ha ido a Madrid hace un par de días, que él está en la gloria, que a ver si se queda allí para siempre, y que de Perfecto hace por lo menos un mes que no sabe nada, que no había hablado con él desde su cumpleaños. Y nada más, el hombre está tan pancho y feliz con la casa para él solo. No me extraña, compartir casa y vida con María Elvira tiene que ser desquiciante. Reinaldo me pregunta que qué hago yo allí. A lo cual contesto mintiendo como una bellaca, para no buscarme más problemas. Le digo que Luis es mi jefe, —bueno, eso era cierto—, y que veníamos del sur de una gira por librerías presentando mi último libro, que habíamos pasado por aquí y que se me había ocurrido entrar a saludar.

Por suerte, él se lo cree todo y me da la enhorabuena, no por mi supuesto último libro, sino por haber sido tan valiente de volver al pueblo después del incidente de los geranios. Se ríe a carcajadas mientras se apura el vino y nos insta a hacer lo mismo. Brindamos y nos disculpamos con la excusa de que hay que seguir con el viaje. Salimos de aquella casa un poquillo mareados, lo justo para no ver oportuno coger el coche. Así que decidimos darnos un paseo por ahí. Ya alcoholizados con el tintorro, nos da igual que nos mire todo el mundo.

Caminamos por el paseo de los cipreses que dan al cementerio. Ya, no es un paisaje muy bonito, pero para despejarse un poco, sirve. A lo lejos se recorta la figura del castillo en ruinas que corona los campos amarillos de

siembra. Luis y yo charlamos sobre la investigación. Está claro que al padre lo habían dejado al margen de todo y él tan a gusto de estar al margen. La posibilidad de que nos estuviera engañando y ocultándonos información era ínfima. Reinaldo era más transparente que un jersey del HM, que mira que son finos como papel de fumar, te lo pones y te desabrigas.

Luis argumenta que hemos llegado a un punto muerto en nuestra investigación, y justo en ese preciso momento, en pleno punto muerto, aparece una furgoneta de esas que se alquilan para mudanzas. Se acerca a la tapia del cementerio. Entonces, tengo una corazonada y tiro de Luis para que se oculte conmigo detrás del ciprés más próximo. Lo tengo muy cerca, huele muy bien, creo que es la colonia...

Bueno, qué me pierdo. Centrémonos en la furgoneta. Los dos la miramos con verdadera curiosidad. La gente que se muda al cementerio, nunca lo hace en furgoneta, siempre en coche fúnebre. Así, que la sola presencia del vehículo ya es bien rara. Contenemos la respiración cuando vemos que del lado del piloto se baja un chico que, al principio, no puedo distinguir bien, pero que, al momento, identifico perfectamente: ¡Gadget! ¡Confirmado! ¡Está en el ajo! Ya no hay ninguna duda, qué iba a perderse al niño este en Tocinillos si no.

—Es Gadget— le murmuro a Luis, excitada. El detective, que en esta ocasión va vestido casual, abre la verja del cementerio y luego la de la furgoneta, entonces comienza a sacar cosas, ¡mis cosas!, de la parte de atrás.

—¡A la de tres, sígueme! —le ordeno a Luis.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta intrigado.

No le contesto, sólo le digo:

—Vamos—, y aprovechando que Gadget está entrando en el cementerio cargado con la cajonera de mis bragas, corro hasta la furgoneta, me meto en la cabina y arranco. Por suerte, Luis puede meterse a toda prisa en el asiento del copiloto y salimos zumbando. Estamos eufóricos, chillando como locos. Por el retrovisor vemos a Gadget salir corriendo del cementerio y llevarse las manos a la cabeza. Jajaja, ¡chúpate esa Gadget! Quién roba a un ladrón, tiene mil años de perdón. ¡Yeah! Luis y servidora estamos exultantes, esto de robar es una experiencia nueva, como nueva es la sensación que siento cuando nuestros ojos se cruzan y su mirada me electrifica todo el cuerpo. “Ay, madre, que me estoy pillando...” Conduce, Julia, conduce que nos matamos. Menos mal que tengo una neurona Pepito Grillo. La única que me queda.

Rápidamente, acelero, no nos olvidemos de que estamos huyendo. Freno donde la iglesia del pueblo para que Luis recoja el Z3, que ya tiene un corro de chiquillos, y no tan chiquillos, admirándolo y pies para qué os quiero. ¡Para quemar embrague! Conducimos por las calles del pueblo a todo meter, yo en la furgó y él en el BMW. Salimos pitando de allí bajo la atenta mirada de los vecinos y las liebres del campo. Sí es que... Yo en Tocinillos siempre lo peto.

Ya en la autopista, más calmada, reflexiono un poco. A ver... Acabo de mangar una furgoneta, pero en cierto modo eso no es mangar porque estoy recuperando mis cosas. Ya está, las dejaré otra vez en mi casa de Madrid, y aparcaré la furgó cerca de la compañía de alquiler a la que pertenece, para que no se vuelvan locos buscándola. Por el retrovisor veo a Luis el Z3, cubriéndome las espaldas. “Ay, este Luis me está sorprendiendo mucho, cada vez me parece más atractivo y además está tan pirado como yo, pero, uff, no sé qué sentirá él y además no mola nada mezclar lo personal con lo profesional. Qué lío, lo mejor va a ser pasar del tema, pero claro, ahora que hemos encontrado mis cosas, no nos queda más remedio que ir juntos a Londres. Qué difícil va a ser que no pase nada si nos pegamos un viaje juntos, lo mejor será no ir...”

En estas cavilaciones estoy cuando miro por el retrovisor y compruebo que detrás de mi Romeo, viene una patrulla de la Guardia Civil. ¡La madre que los parió! ¿Y ahora qué hacemos? Siempre está la opción de parar y explicarlo todo, pero, claro, eso llevaría mucho tiempo. La otra opción es seguir huyendo. Piso a fondo, el cuentakilómetros sube su aguja a 110. Uf, de ahí no pasaba la furgona, y yo venga a sudar desesperada, viendo como el coche de la Guadía Civil se acerca. Ya me imagino en Guantánamo, con lo mal que me queda el naranja.

La patrulla alcanza la altura del Z3, lo adelantan y se ponen a mi izquierda. Entonces pienso: “ya está, van a detenerme, y los miro con auténtico terror”. Sin embargo, la pareja de guardias civiles me devuelve una mirada entusiasta. Me hacen un gesto con la gorra en señal de saludo y prosiguen su camino autopista adelante. “Ay...”, respiro. Me tiemblan las piernas. Necesito parar. Por suerte hay una gasolinera a doscientos metros. Pongo los intermitentes para que Luis vea mis intenciones, (sólo las automovilísticas, no seáis mal pensadas) y paramos en la gasolinera.

Nos bajamos de nuestros respectivos vehículos.

—¿Necesitas gasolina? —me pregunta Luis.

—¿Eh? No sé... —contesto aún un poco fuera de mí.

—¿Por qué hemos parado entonces?

—Es que, por un momento pensé que la guardia civil nos perseguía y se me aflojaron las piernas, —le digo todavía con el susto en el cuerpo.

Él se ríe y me rodea con su brazo, mientras me dice:

—Menuda ladrona estás tú hecha. Anda, vamos a tomar algo...

Se va cómoda bajo su brazo, me siento en casa. Entramos en el bar de la gasolinera y pedimos un par de cafés. El mío descafeinado, puntualizo, no estoy para más sobresaltos. Dicho y hecho. Descafeinado y.... ¡Sobresalto! ¿Pero qué ven mis ojos? La furgoneta está arrancando. Salgo corriendo instintivamente detrás de ella. Menos mal que Luis está rápido y me sigue. Nos metemos en el Z3 y arrancamos. En seguida le mordemos el culo a la furgoneta. Quién coño está conduciendo y cómo, si yo tengo las llaves de la furgo.

—Ahora lo averiguaremos—dice Luis y adelanta a la furgoneta. Nos ponemos a la altura de la ventanilla, y sorpresa: ¡allí está, ella! ¿Quién si no? ¡María Elvira! La madre que la parió, que habilidad tiene esta mujer para aparecer siempre cuando menos se la desea.

Bajo la ventanilla del coche y le grito que pare, que lleva todas mis cosas. Ella, por toda respuesta, me saca un corte de manga. Habrá que ver... ¡Qué mal educada! Seguimos conduciendo en paralelo, la una a la otra, dedicándonos todo tipo de improperios, hasta que, al doblar una curva, vemos que hay un control de la Guardia Civil. Son los de antes.

—Luis, para en el arcén, —le digo, pero no le da ni tiempo, porque María Elvira no se detiene, pasa el control zumbando con la furgoneta, por lo que los guardias salen escopetados a perseguirla, y nosotros detrás. Vaya estampa: la furgo, la patrulla de la Guardia Civil y el Z3. Todos, detrás de mis trastos. Si aquellos agentes de la ley y el orden sospechasen que estaban persiguiendo, entre otras cosas, un robot aspirador marca roomba o una copa menstrual entre otras muchas cosas, no perderían el tiempo. La persecución dura más o menos lo que tardamos en coger una cuesta. La furgoneta de María Elvira no tira y la patrulla la adelanta, bloqueándole el paso, por lo que no le queda más remedio que frenar. La obligan a bajarse del coche y puedo ver con estos ojitos, cómo la esposan y la meten en el coche patrulla. Mirad si soy tonta, que hasta me da un poco de pena.

Luis y yo nos bajamos del Z3 y les contamos a los agentes lo que ha pasado con todo lujo de detalles. Desgraciadamente, no pueden devolverme mis cosas, sin estar seguros de que son mías, pero me dicen que no me preocupe, porque en cuanto lo cataloguen todo y lo cotejen con la denuncia que había interpuesto en Madrid, me las devolverán. “Buf”, por lo menos tienen para un mes, pienso, con las de cosas que hay ahí.

Antes de irnos, les doy mis datos y mi teléfono, y por supuesto, las gracias. Luis y yo ponemos rumbo a Madrid, pero aún nos queda una cosa por aclarar. ¿Qué ha sido de Perfecto? ¿Sigue desaparecido? Hemos visto a su cómplice, el Inspector Gadget y a su madre, pero él no aparece por ningún lado. ¡Un momento! A ver si va a estar...

La policía está arrancando cuando corro por mitad de la autopista (no intentéis hacer esto en la vida real) hacia ellos. Paran de súbito, perplejos.

—¿Qué te pasa, chiquilla?

—¡Tengo una corazonada! —les grito, excitadísima—. Creo que Perfecto está ahí, y señalo a la furgoneta.

La pareja de Guardias Civiles que, —todo sea dicho—, son muy majetes, me hacen caso. Se bajan del coche y con precaución, se acercan a la parte trasera de la furgoneta. Aquello parece una película. Desenfundan sus armas y abren la furgo, apuntando hacia su interior. Allí sólo están mis muebles y mis trastos, ni rastro de Perfecto. Uno de los agentes se sube como puede y otea entre mis cosas. Vaya, me he equivocado de lleno... O no... Oigo al Guardia Civil decir:

— Anda, chaval. Sal de ahí...

Y de allí sale Perfecto, con sus tríceps y sus bíceps y su cara de circunstancias. Lo miro a los ojos, pero el muy cobarde, ni siquiera me sostiene la mirada. Le ponen las esposas y se lo llevan en el coche patrulla. Nunca en mi vida, y eso que tengo mucha imaginación, hubiera pensado que mi historia con Perfecto fuera a terminar así, pero lo cierto es que así estaba terminando. El por qué fingió su secuestro para desplumarme es algo que no entenderé jamás. Lo que está claro, es que no sabe una con quién vive. Pero bueno, había que ser optimista, por lo menos, había podido sacar de mi vida para siempre ese Desperfecto.

Ahora sí que sí, Luis y yo ponemos rumbo a Madrid. ¡Qué día más productivo! Me pregunta que a dónde quiero ir. Yo, aunque se supone que debería estar eufórica ante los últimos acontecimientos, la verdad es que

estoy de bajona. No acabo de entender cómo alguien, con quien he compartido mi vida y mis confidencias, me odia tanto como para querer arruinarme. La verdad es que sólo me apetece estar con mis amigas, que me den mimitos y me carguen las pilas, pero ninguna está disponible a estas horas.

Lectora, ¿vamos ya a casa de Sandra ([aquí](#)) o caminamos un poco por el Madrid Río antes (Sigue leyendo)?

UN PASEO A SOLAS POR EL RÍO

Luis me deja en la puerta de la casa de Sandra. Un bloque de apartamentos nuevo, de esos que tienen piscina y zonas verdes, en el barrio de los metales. Le doy las gracias por ayudarme tantísimo y me dice que no me preocupe, que para eso están los editores. Me dice que me llamará mañana a ver si me encuentro más animada o si quiero hacer algo. Le sonrío levemente y le digo adiós con la mano, mientras arranca y se va.

En vez de subir, me voy sola a dar una vuelta por el Madrid Río. No hace demasiado calor, es un día de esos raros de verano, en los que el sol nos da una tregua y se esconde tras unas nubes tan inusuales como los buenos modales de María Elvira. Ella y su hijo, o más bien, su hijo y ella se habían aprovechado de mi buena voluntad. No había más remedio que contratar una abogada y hacerles pagar. No me gustaba nada la confrontación. Me ponían tristes los conflictos. Yo sólo quería estar tranquila y escribir. ¿Era tanto pedir?

Las nubes se ennegrecen y de repente un rayo cruza el cielo. El sonido viene después. Una tormenta de verano. Yo sigo andando absorta en mis pensamientos, compadeciéndome de mí misma, aunque sé que eso no me lleva a ninguna parte. Tengo que ser práctica. No me podía lamentar más por lo que había pasado, debía mirar hacia adelante y tratar de solucionar las cosas.

Empieza a llover, primero tímidamente, con una lluvia fina, que muerde el polvo del suelo. Después se anima la cosa y llueve con ganas. A mí no me importa mojarme, lo agradezco, es justo lo que necesito ahora para despertar de este mal sueño en el que estoy. Giro como una tonta bajo la lluvia, sonriendo. “Siempre sale el sol, Siempre sale el sol” viene a mi cabeza una canción de la Isla de Ymarxa. Lo repito como un mantra, hasta que abro los ojos, miro al cielo y mágicamente sucede. Las nubes se despejan, la lluvia cesa, el sol me da en la cara y ya sólo queda aquel agradable olor a tierra mojada invadiéndolo todo. Sonrío. Las cosas mejorarán. Es sólo cuestión de tiempo. ¡Vamos a casa de Sandra! (Sigue leyendo).

A CASA DE SANDRA

Me meto en el portal de Sandra. Subo al último piso, para mi sorpresa, pensaba que estaría trabajando, me abre ella con una botella de vino blanco en la mano y dos copas.

Su piso es maravilloso, como esos de las revistas de decoración. Vamos a la terraza que es más grande que todo mi apartamento. Desde allí se puede ver todo el Madrid Río y el sur de la ciudad, que justo enciende ahora sus luces, mientras se apagan esos cielos cárdenos que tanto me gustan. Me descalzo y me tiro en el sillón *chill out*. Le cuento a Sandra todito todo lo que me ha pasado. La tía no da crédito. La verdad que, al contarlo, todo puesto en orden, parece una mala película de enredos, de esas que te tragas en sesión continua en una sobremesa tonta de fin de semana. Nos reímos, lloramos, nos acabamos la botella y terminamos dormidas a la fresca en aquel jardín urbano que mi amiga tiene en su terraza.

Nos despierta Matty, el hombre de la limpieza, un chaval muy joven, que Sandra tiene contratado para limpiarle la casa y el jardín. Su historia es muy dura, pues es huérfano y, además, el responsable de sacar adelante a sus dos hermanos pequeños. No obstante, Matty nunca pierde la sonrisa. Sin duda, hay que aprender de Matty. Nos saluda sonriente y bromea sobre nuestra resaca. Nos hace unos cafés, que no me pueden sentar mejor, la verdad, y también, —que encanto es este chico—, nos tuesta un poco de pan.

—Este Matty es una joya, —le digo a Sandra—, no lo dejes escapar.

Por lo bajinis me cuenta que está a punto de ofrecerle una oportunidad laboral en su empresa, pero que aún es un secreto, que quiere decírselo dentro de un par de días, coincidiendo con su cumpleaños.

Matty se pone a limpiar y nosotras a limpiarnos. Me doy una ducha en la bañera de hidromasaje de mi amiga que me sienta de lujo. La leche, aquello parece un spa, y los productos que tiene en el baño, huelen como debe oler el mismo cielo. Me tiro un buen rato ahí debajo poniendo en orden mis pensamientos que, a pesar de querer tomar ejemplo de Matty, resultan un

poco sombríos. No acabo de entender por qué mi ex me ha hecho todo lo que me ha hecho. Ya con una toalla enrollada a modo de turbante sobre mi pelo mojado, salgo del baño en dirección a la habitación de Sandra. Me la encuentro en su vestidor. Amiga Lectora, tenías que verlo, una habitación más grande que mi salón, toda entera para su ropa, que además está perfectamente ordenada por colores. Más que un vestidor, eso parece una tienda. Un lujo. Sandra acaba de completar su look, poniéndose unos pendientes frente al espejo, mientras repasa con la mirada, que su traje de ejecutiva agresiva, —como digo yo—, esté perfecto. Y lo está. Vaya sí lo está, vestida con ese dos piezas azul marino y esos salones rojos, no sólo parece una profesional de primera, si no que da ganas de comprarle cualquier cosa que te quiera vender.

—¡Cómetelos! —le digo. Ella sonríe en el espejo, mientras se pinta los labios con una barra roja de Chanel.

—Julia, te puedes quedar en casa todo el tiempo que quieras, ¿vale? Estoy encantada de que estés aquí.

—Jo, tía, gracias— le digo— no veas el favorazo que me haces. Hasta que no me devuelvan las cosas, no me compensa buscar un piso.

—Lo sé, no te preocupes, ya he llamado al departamento legal de mi empresa y les he consultado tu situación. Esta tarde me dicen algo.

Me acerco y le doy un beso y un abrazo enorme.

—¡Qué solete eres!

—Tenemos que meterle un buen paquete a Perfecto y a su querida mamá —, me dice con la cara seria de cuando negocia inversiones millonarias.

Asiento con media sonrisa. La verdad es que no me gustan nada de nada los líos, y menos los legales, pero hay que reconocer que la familia Rubio Casado se lo merece.

Nos despedimos. Sandra se va. Yo termino de vestirme y a continuación entro en el despacho de Sandra. Por fin, un escritorio y una habitación sólo para mí. Echaba de menos un poco de calma. Voy a ponerme a trabajar. Sí, esta vez en serio. Al menos mientras esté escribiendo recuperaré la sensación de normalidad. Frente a mí tengo un ordenador de mesa último modelo que no hace ruido al arrancar y que se enciende en un pestañeo. Busco el Word y abro un documento en blanco. Escribo: *Martita Dinamita*.

¿Qué Lectora, nos ponemos con la novela (sigue leyendo) o nos vamos a redesayunar con Margarita (Pincha [aquí](#)), que hoy está de tardes?

MARTITA Y EL EXTRAÑO CASO DEL ASCENSOR FUGADO

El ascensor desapareció una noche, sin previo aviso. El primero en comprobarlo, fue el señor Juanjo, el del octavo. El pobre hombre cayó al vacío por meterse al ascensor sin mirar al suelo. Como el ascensor no estaba cuando abrió la puerta, el pobre hombre cayó y cayó hasta tomar tierra. El viaje más rápido de su vida, de casa al hospital. Se fracturó la pierna derecha por tres partes. Menos mal que no cogió el ascensor en el octavo, si no en el primero, donde vivía Paquita, la que, —nos enteramos gracias al accidente—, era su amante de toda la vida.

Pues eso, con el ascensor fugado, tuvimos que empezar a usar todos la escalera. Yo sospechaba de mi madre, pero esto era mucho, incluso para una ladrona profesional como ella, la explicación habría que buscarla...

Suena el móvil. Es la inspectora jefa que de la policía que nos había tomado declaración cuando pusimos la denuncia de la desaparición de Perfecto. Quiere contarme algo, tengo que ir a comisaría. Colgamos. Es que, ni aunque una quiera trabajar, la dejan. ¡Vámonos (Pincha [aquí](#))!

REDESAYUNAR CON MARGA

Como me conoces, Lectora... jaja. Margarita y servidora quedamos para desayunar en el bar de debajo de casa de Rogelia. Ésta se ha quedado en la cama, le gusta dormir hasta las 12:00, dice que en su vida no lo había podido hacer nunca, y que ahora que es vieja, por fin puede vivir como una marquesa: levantarse tarde, comer a las tres y pico, y tirarse los pedos que le da la gana por la calle... ¡Una genia, doña Rogelia!

Lo primero que le aclaro a Margarita es lo que pasó la noche que me quedé en casa de Luis. Entonces puedo ver cómo la decepción se pinta en su cara justo cuando pronuncio la palabra “nada”. “No pasó nada”. También puedo observar cómo se le dibujan corazones en los ojos cuando le hablo de nuestro desayuno (el mío y el de Luis, se sobreentiende), del pacto del viaje a Londres y de la excursión a Tocinillos. Marga parece un emoticono, porque a esa cara de amor total, le sigue otra de sorpresa máxima cuando le cuento todo lo relacionado con la furgoneta, la persecución y cómo se llevaron a María Elvira y a Perfecto esposados en el coche patrulla. Margarita, que siempre se ha llevado muy bien con Perfecto, no da crédito. Le resulta imposible creerlo capaz de hacerme algo así, pero el caso es que ha pasado, vaya que si ha pasado. Ha pasado tanto, que ahora tengo un apartamento vacío y, si me descuido, una cuenta corriente también vacía. ¿A qué tanto odio? Nos preguntamos ambas, no logramos comprender qué es lo que lo ha llevado a hacer algo así.

Estamos allí de charleta, venga a darle a las porras y los churros, que, por cierto, en ese sitio están insuperables, cuando recibo una llamada de la inspectora de Madrid, la que me tomó declaración la primera vez. Me pide que me pase por comisaría si soy tan amable. Y tú ya sabes que a mí a amable no me gana nadie. Así que, Lectora, lo siento mucho pero no tienes opción de elegir, no nos queda más remedio que obedecer a la autoridad. Margarita y servidora apuramos nuestros cafés y cogemos el metro, rumbo a la comisaría. (Sigue leyendo).

OTRA VEZ EN COMISARÍA

La inspectora esboza una sonrisa en cuanto me ve entrar por la puerta. Está súper contenta, me comenta que la mayoría de casos de robos no se resuelven nunca, pero que yo he tenido suerte.

—La suerte hay que buscársela—sentencio, como si yo fuese el personaje de una novela.

—Ya... —y se ríe para acto y seguido decirme por lo bajinis—, ¿sabes cómo te han apodado en el cuerpo?

—¿Cómo? —pregunto mitad intrigada, mitad divertida.

—¡La correcaminos! —exclama. Y las tres: ella, yo y Marga estallamos de risa. Cuando la inspectora recobra la compostura, me dice, también por lo bajinis:

—Oficialmente tengo que estar en contra de que los ciudadanos os toméis la justicia por vuestra mano, pero... ¡ole tú!

Me río, pues ole yo, pienso para mis adentros.

—Qué buen ojo tienes para la investigación, vaya imaginación...

—Es que soy novelista, por eso se me ocurren tantas hipótesis.

Ella asiente impresionada y me cuenta que María Elvira y Perfecto están en los calabozos de Ciudad Real, a expensas de que se pague por ellos una fianza, que, de momento, nadie ha abonado aún. Pienso entonces en el padre de Perfecto, con lo bien que estaba el hombre, allí solo en su casa, haciendo su santa voluntad, como para encima ir a pagar para que vengan a tocarle las narices...

—No me extraña que el padre de Perfecto no quiera apoquinar... —pienso en voz alta.

—Ni a mí—confiesa la inspectora—No me gustó nada María Elvira. Desde que vino a poner la denuncia contigo, no me dio buena espina, me recordó tanto a mi suegra... Ay,—suspiró— Sentiría tanta satisfacción si, como tú, yo también pudiera verla con las esposas puestas...

La inspectora está sembrada, Marga y yo no podemos evitar reírnos con

ella, a veces hasta a carcajadas, pero las risas se me atragantan cuando me dice:

—Tus cosas estarán embargadas, por lo menos, hasta el juicio, y va para largo.

Mi cara de pena no se hace esperar, le ruego llorosa que, por favor, me devuelvan el ordenador, que tengo ahí todo mi trabajo. Le debo estar dando tanta pena, que me dice que verá lo que puede hacer.

El caso es que el panorama es el siguiente: me esperan unos meses de piso vacío, sin muebles. ¿Qué puedo hacer? ¿Dejar de pagar el alquiler? ¿Dejar mi piso y mudarme a una habitación en un piso compartido hasta que lleguen mis cosas y vuelva a poder vivir sola? Claro que eso no será nada fácil, porque pagar yo sola un apartamento en Madrid, es sencillamente imposible. ¿Qué hago entonces?

Margarita y yo salimos de allí algo descorazonadas. Bueno, yo más, ella trata de animarme. Nos pasamos por mi piso. Así, sin nada, parece mucho más pequeño de lo que es. Anda que, tener que pagar 900 euros por aquellos 40 m², pero, nos guste o no, así está el patio. Mi tope para un nuevo piso son 500, más de eso no puedo pagar al mes. Por ese dinero, con suerte, encontraré una habitación en un piso compartido con otros cinco, a no ser que me vaya a vivir con abueletes, a lo Marga. La cosa está muy chungueta, pero lo que está claro es que es absurdo seguir pagando 900 euros por un piso que no puedo usar, y tampoco me voy a poner a llenarlo de muebles, porque en algún momento llegarán los míos y porque no me sobra el dinero. Puto Perfecto, me ha jodido, pero bien.

Desde allí mismo, llamo al casero y le cuento toda la historia, le digo que no me queda más remedio que dejar el piso. Me dice que puede ofrecermelo otro en el edificio por 600 para mi sola. Ilusionada, lo voy a ver con Marga, ya que el portero tiene la llave. ¡Qué decepción, es el cuarto de las escobas! El portero asiente, como si pudiese leer mis pensamientos. Obviamente, declino su oferta y me voy camino al barrio de los metales, donde me esperan los lujos de la casa de Sandra. Un buen baño en su bañera de hidromasaje, seguro que me sube el ánimo.

Cuando llego, solo está Pepinillo, su gato de angora, que viene a recibirme a la entrada de lo más cariñoso, frotándose contra mis piernas, sin dejar de maullarme para que, claro, hay un motivo, lo siga a la cocina, donde, sólo le falta hablar al animalico, rodea su cuenco de comida vacío, como

diciéndome, “eh tía, qué te crees, que los mimos son gratis, quiero mi comida”. Abro varias puertas de armarios hasta que encuentro un envase con un gran gato dibujado. Eso debe ser el pienso, no va a ser la comida de Sandra. Se lo echo y Pepinillo desaparece durante un minuto, exactamente lo que tarda en zamparse el bowl entero. Si que tiene hambre, el pobrecillo. Abro la puerta de la nevera, en busca de algo para mí, pero allí no hay nada de nada. Está tan vacía que parece que la van a pintar. Miro el envase del gato con ojitos golosos, y por un segundo estoy a punto de probar una de esas bolitas, pero al cerrar la puerta de la nevera veo un flyer de comida japonesa, y lo cojo sin dudarlo. Se me hace la boca agua viendo aquellos menús, pero antes de pedir, mejor llamar a Sandra, por si viene a cenar, para encargarle algo a ella también. Así que la llamo por face time. Descuelga. Está dentro de un taxi camino al aeropuerto.

—Sandra, voy a pedir japo, ¿vienes a cenar? ¿Te apetece algo de sushi?

—Voy a tomar sushi, pero del auténtico, tía, me estoy yendo a Japón —
suelta entusiasmada.

—¡¿Y eso?!

—El yen manda, querida. ¿Te acuerdas del japonés buenorro del que os hablé?

—Sí, ¿te lo has tirao?

—Mejor.

—¡¿Mejor?!

—Lo he convencido para firmar un acuerdo millonario con mi empresa. (Estoy convencida de que a Marta le pone más, cerrar acuerdos de seis ceros, que echar un buen polvo).

—¡Qué bien, tía!

—¿Y cuánto vas a estar por la isla del sol naciente?

—Creo que tengo para rato, unos tres meses.

—¡¿Qué dices?!

—Lo que oyes, pero bueno, me lo pagan todo. Ya me han reservado un apartamento que tiene más de 50 m², que eso para Japón es un palacio.

—Bueno, tía, pues disfruta de la estancia. A ver si puedes hacer un poco de turismo y nos mandas fotos con disfraces mangas y mierdas de esas.

Se ríe. Se nota que está feliz de haber cerrado ese acuerdo.

—Julia, tú puedes quedarte en mi casa estos tres meses sin problemas...

—Pero... Déjame que te pague algo.

—No seas, tonta, con que me cuides a Pepinillo, me doy por pagada.

—Eso está hecho, espera—, y me agacho para que Pepinillo salga en plano—. Mira Pepinillo, tu ama, Sandra... El gato hace un miau y lame la pantalla. No sabemos si es que sigue con hambre o es que de verdad puede ver a Sandra. El hecho es que a las dos nos parece tan *cute*, que no podemos evitar soltar al unísono, un: “Ay, qué cuqui”.

Sandra y yo nos despedimos.

—Buen viaje, amiga. Tranquila, cuidaré de Pepinillo, como si no fuera mío.

Sandra se ríe.

—Más te vale —ella sabe que soy mucho más responsable con las cosas que no son mías.

—Y tranquila que no pienso hacer ninguna orgia loca en tu terraza.

—Haz lo que quieras, pendón, pero escribe de una vez. Te tengo que dejar.

—Disfruta mucho, bichito —le digo, justo antes de colgar.

Bueno, bueno, bueno, las cosas mejoran para mí, por lo menos voy a ahorrarme unos dinerillos estos tres meses, que me vienen de perlas. Además de que voy a vivir como una reina en este ático de súper ejecutiva triunfadora, yo, una novelista juvenil en horas bajas. Sandra tiene toda la razón, tengo que ponerme ya, de una vez por todas con *Martita, dinamita*. Pero antes, hay que llenar el buche. Semejantes *good news* necesitan maridarse con unos buenos carbohidratos. Cuando voy a marcar el número del japonés, una notificación de whatsapp aparece en mi pantalla. Es de Luis.

“Hola, ¿qué tal estás hoy? ¿Más animada?”

Pienso en contestarle al instante, pero, como ya sabes, Lectora, eso es algo que no se debe hacer cuando te escribe el chico que te gusta, con el que todavía no has tenido nada. Hay que mantener un poquito el suspense. hacerlo sufrir un rato, sólo para que se de cuenta de las ganas que tiene de que le contestes. A ver, no es un método cien por cien fiable, pero, la verdad, que funciona la mayoría de las veces. El 5% de veces que no funciona, se ha constatado que, los chicos, aprovechan ese tiempo muerto para escribir a otras, a ver si pillan, y la primera que contesta, se lleva el gato al agua. Así que este método de la espera whatsappera es todo ventajas. Uno, haces que el chico en cuestión se interese más por ti. Dos, te quitas del medio a los que les

da igual quedar contigo que con Paquita la del segundo C.

Así que llamo al japonés y pido con ansias, derrochando, ya que voy a estar tres meses sin pagar alquiler, puedo permitírmelo. PEncargo california rolls, sashimi de salmón, futo, sushi de atún rojo, y para rematar, unos fideos de arroz fritos con gambas. Ah, y una cerveza Sapporo. Brindaré con Pepinillo por Sandra, su nueva estancia en Japón y la mía en Arganzuela.

Una vez he colgado, entonces sí, cuando ya han transcurrido 5 minutos. Vale, tampoco es que le haya hecho esperar una eternidad, lo sé, pero esa es otra regla de la espera whatsappera, no puedes dejar que pase el tiempo a cholón, no vaya a ser que se olvide de ti, que la vida va muy rápido ahora. El límite, yo lo pondría en unas tres horas. No más. Bueno, le contesto:

“Hola Luis. Sí, estoy mucho mejor, aunque no van a devolverme mis cosas hasta que salga el juicio. Mi amiga Sandra me deja quedarme en su casa tres meses porque ella se va a currar a Japón. Así que tengo un ático de lujo para mi sola, bueno, para mí y Pepinillo”.

Y corro a buscar a Pepinillo, me hago un *selfie* con él. “Maldición, Pepinillo sale mejor que yo”, bueno da igual, se la envío. Enviar.

Él contesta de inmediato. Se nota que no sabe nada de la espera whatsappera,

¡qué bien!

“¿Tu nuevo palacio tiene piscina?”

“Sip”.

“Mañana, me tienes allí para darme un chapuzón, no soporto este calor”.

“Ya, hace un calor infernal, yo voy a cenar en la terraza, a ver si corre algo de fresco”.

“¿Terraza?”

“Sí, es un ático”.

“Cabrona”.

“Jajaja, algo bueno tenía que tener eso de que te roben”.

“Sí, es verdad, te lo mereces. ¿Quieres que quedemos mañana?”

Aquí, cuando la otra persona se atreve, por fin, a hacerte LA PREGUNTA, es muy importante volver a activar la espera whatsappera. Así que dejo el móvil sobre la encimera y me voy al baño. En total, debo tardar cuatro minutillos en volver a contestar, lo suficiente para tenerlo al otro lado atacadito perdido.

“Vale. ¿Mañana por la tarde, a partir de las 20:00?”

“Sí, ¿te paso a buscar?”

“¡¿En el bólide?!”

“Qué va, se lo devolví a Tomás. Iré en Babiéca”.

“¿Babiéca?”

“Mi humilde Vespa”.

“Mejor, mejor, que esta vida nueva de millonaria que llevo es demasiado. Me tengo que acostumbrar a los lujos de poco a poco. ¿Y a dónde vamos a ir?”

“¡Sorpresa!”

“¿En serio?”

“Sí”.

“¿Me vas a dejar un día entero intrigada?”

“Sí”.

“WTF”.

“Te iré mandando alguna pista...”

“Sí, por favor, sobre todo para saber cómo tengo que ir vestida...”

“Jaja, normal”.

“Normal es un adjetivo muy genérico ¿tengo que ir de etiqueta?”

“No.”

“¿Con bañador?”

“No.”

“¿Con calzado especial?”

“No”.

“¿Maquillada?”

“No”.

“¿A dónde vamos?”

¿A dónde vamos?

¿A dónde vamos?”

“Hasta mañana...”

Chicas, a juzgar por mi conversación de whatsapp, el tiro me salió por la culata. Está claro, yo había intentado hacerle sufrir tardando primero cinco minutos y luego cuatro en contestar a sus mensajes en momentos puntuales, pero es que él había jugado una carta mayor, la de la sorpresa y ahora me tendría 24h pensando a dónde coño iríamos.

Por suerte, suena el timbre y mis pensamientos se van directos a la comida japonesa. Pago al buen mensajero y me llevo la cena a la terraza.

Abro la cervecita Sapporo y mientras le pego el primer trago, —que siempre es el mejor—, contemplo el sur de Madrid, en su atardecer, y me siento en paz conmigo misma. Por primera vez en muchos días, ya puedo escribir.

—Adelantamos el reloj, Lectora, ¿por qué? Para que llegue antes el momento de la sorpresa (Pincha [aquí](#)).

—Me voy al despacho y me pongo a trabajar un rato, porque no llevo nada, pero nada, nada, avanzado el libro. (Sigue leyendo).

A VUELTAS CON MARTITA DINAMITA

...Había que buscarla en la portería. Aquel señor enjuto, de mostacho generoso y ademanes de señorito debía saber más de lo que callaba. Y eso, a un portero, debía estar torturándole por dentro. Así que lo más fácil era llevarle un poquito de licor y prestarle la oreja. Que una niña como yo fuese por el edificio con una botella de orujo de hierbas no era algo muy normal, pero como todo el mundo conocía bien a mi madre, tampoco les resultaba del todo raro. Piqué a la portería, me abrió la puerta. Por todo saludo meneé la botella.

—Lo ha hecho mi abuela, la gallega, ¿quiere probarlo don Anselmo?

Y así me pasé la tarde, rellenando el vaso del portero y jugando al julepe. Apostamos monedas de cinco céntimos, y con las ganancias pude comprarme una piruleta de corazón, que me comí satisfecha, después de resolver el caso que nos ocupaba. Efectivamente, el ascensor lo había hecho desaparecer Anselmo pero, no por dinero, ni nada parecido, si no para que los vecinos volvieran a saludarlo, ya que desde que lo instalaron, en el otro lado del portal, ya nadie tenía que pasar por delante de la portería y el hombre se aburría mortalmente. Cómo don Anselmo consiguió mover el ascensor es un tema, que os explicaré otro día...

Muy bien... ¡Ahora a hacer un *break!* (Sigue leyendo).

LA SORPRESA

Estaba muy contenta con lo que había escrito esa mañana. Por primera vez en semanas encontraba la calma suficiente para sentarme frente a un procesador de textos y liarme a escribir sin parar. Se podría decir que había superado la página en blanco. Había escrito diez páginas del tirón, que no estaban nada mal para empezar.

Ahora me estaba tomando un pequeño descanso en la terraza, refrescándome con una cervecita y un aperitivo. Una de las buenas costumbres españolas, que nunca en mi vida me gustaría abandonar. Después volvería al trabajo hasta la hora de comer, y si por la tarde seguía estando concentrada, le daría más caña aún hasta que llegase la hora de arreglarme para salir a ese lugar misterioso al que iba a llevarme Luis. ¿Qué estaría tramando? Bueno, era absurdo comerse la cabeza, en unas horas lo sabría, por si acaso, para ir caldeando un poquito el ambiente, iba a enviarle un whatsapp. Hice una foto a mi camiseta de “No soy tu princesa” y otra a una lencera, que era más elegante, y se las mandé con el siguiente texto:

—¿Ésta o Ésta?

Al instante me llegó la contestación:

—Las dos son perfectas.

Pues sí que me aclaraba la situación. Tendría que ir modo random, por lo que pudiera pasar: ni demasiado elegante ni demasiado informal. Unos vaqueros cortos deshilachados con la lencera y unas sandalias planas creo que servirían para casi cualquier situación, ya nos fuéramos de marcha o a cenar o a saber... El caso es que estaba un poquillo nerviosa. La verdad es que entre Luis y yo, al menos por mi parte, estaba creciendo un sentimiento al que todavía no era capaz de poner nombre. Así que por el momento voy a llamarlo, mi Little Secret. ¡Qué cursilada! A ver, que ya somos adultas (esa es mi neurona Pepito Grillo). Sí, me gustaba, sí, vale, me gustaba cada vez más, pero no quería precipitarme. Cuando las cosas parecen tan buenas para ser verdad, es que no lo son tanto, o al menos esta era mi experiencia. A los hechos me remito, pero bueno, no por eso me iba a encerrar en casa, Luis no

tenía la culpa de que mi relación con Perfecto hubiera sido una auténtica ruina. El caso era preguntarme a mí misma, sinceramente, ¿qué era lo que realmente quería yo?

—Y bien, Julia, ¿qué es lo que tú realmente quieres? —dije en voz alta a los cactus de la terraza, y le pegué un sorbo a la cerveza mientras pensaba mi respuesta. Yo quiero escribir, dedicarme a ello, poder vivir de mis libros y tener mi propio espacio. Que alguien quiere acompañarme en esa vida... perfecto (quiero decir, estupendo, le estoy cogiendo una tirria a este adjetivo...), pero que no me desvíe de mi camino, ni, por supuesto, ¡se apodere de mis cosas! O lo que es peor, de mi tiempo. Compartir sí, apropiarse no.

Ahora que miraba hacia atrás, veía que mi relación con Perfecto debía haberse terminado hace mucho, de hecho, tenía la impresión de que ya se había acabado hacía siglos. Llevábamos un año, prácticamente siendo compañeros de piso, arrastrando aquella losa. Qué manera más absurda de sostener algo que no se sostenía. Lo que seguía generándome muchas dudas, era, por qué quiso robarme. ¿En qué lío se habría metido? En fin, debería cerrar ese capítulo. Tenía muchas ganas de escribir la palabra fin en ese drama llamado PERFECTO. A otra cosa... Volví adentro y seguí con mi novelita. El día estaba siendo muy productivo. Se me pasó el tiempo volando frente al ordenador y tuve que levantarme a toda prisa del escritorio para correr a la ducha. En media hora había quedado con Luis, que hacía ya un par de horas que me había enviado el último whatsapp.

Ay, qué bien sentaba el agua tibia, casi fría en el verano madrileño. Allí, debajo del chorro de la enorme ducha de mi amiga Sandra, sentía que ningún problema podía dañarme, que el mundo era para mí, y que podía comérmelo. Escribir siempre me ponía eufórica, de buen humor. Estas semanas sin hacerlo habían hecho mella en mi estado de ánimo.

Me seco, me echo crema hidratante en las piernas que siempre se me quedan muy secas, más en verano, y me pongo unos shorts y la camiseta lencera negra que es un poquito suelta. Me calzo unas sandalias sencillas y pillo un bolso de rafia no muy grande. Me maquillo un poquito, sólo la raya del ojo y los labios rojos. Estoy bastante morena, así que no necesito más. Me echo una colonia cara que tiene Sandra por allí y que huele a gloria y espero a que suene el telefonillo mientras le echo su ración de cena a Pepinillo, que es un amor, y ha estado todo el día trabajando conmigo, haciendo de

pisapapeles, durmiendo sobre la mesa del despacho. Suena el timbre y bajo. Al salir a la calle, veo a Luis con su vieja Vespa. Es vintage, vintage, lo menos de los años 50. Me sonrío de verdad. Me acerco también sonriente y le doy dos besos:

—Y bien, ¿a dónde vamos?

—Qué ansias... Espera y verás. Toma —, y me da un casco.

Menos mal que me he puesto pantalones, porque para ir de paquete en la moto, es lo más cómodo. Nos subimos a aquella pieza de museo, que al parecer se llama Babieca como el caballo del Cid y esa canción del Sr. Chinarro, y que ha pertenecido al abuelo de Luis. Arranca a la primera y echamos a rodar por las calles de Madrid, que no tienen mucho movimiento. Yo me abrazo a la espada de Luis y voy admirando la ciudad mientras el fresquito me da en los brazos. Lo cual es de agradecer. Me siento en paz, contenta. Bordeamos todo el Madrid río y acabamos en la Casa de campo. ¿A dónde diantres vamos? Cada vez estoy más intrigada. Después de dos minutos por carreteritas entre árboles, salimos al lago. El skyline de Madrid desde allí, iluminado, es precioso. Dejamos la moto al lado de un asador y Luis me conduce a la puerta, luego me dice: “Mira”. El lugar se llama, Londres. Un rótulo con luces de neón lo destaca en aquella noche de verano. Sonrío, mientras él me dice:

—Hasta que vayamos de verdad, podemos conformarnos con esto.

—Es una idea genial. Qué bonito se ve Madrid desde aquí.

Nos sentamos en la terraza, mirando a la ciudad, que se refleja en el lago. Hay una tranquilidad inusual para Madrid, allí no se siente el tráfico, sólo el rumor del bosque y las conversaciones pausadas de la gente.

Nos damos un homenaje. Comemos genial. Está siendo un día perfecto, digo, ¡estupendo! Le cuento a Luis mis avances con *Martita Dinamita*. Me recuerda discretamente, que el plazo es la semana que viene. Yo ya sé que tengo que meter mucho el turbo, pero unos días intensivos escribiendo como hoy, me darán el primer borrador de la novela.

Nos bebemos una botella de vino y no podemos resistirnos al postre, que es un tiramisú con helado de canela. Aquello sabe a gloria pura. Por un instante, la mirada de Luis se cruza con la mía y nos quedamos serios, electrificados por dentro. Hace siglos que algo así no me pasaba. Cobardemente, quito la mirada y sonrío diciendo cualquier gilipollez que se me pasa por la cabeza. Ay, esa sensación de saber que está a punto de ocurrir,

y no saber exactamente cuándo. Cojo la copa de vino y propongo un brindis:

— Por Londres, la mejor no-ciudad del mundo.

Bebemos. Pagamos y echamos a andar alrededor del lago. Ay, dios, qué nervios. Aquello no se puede dilatar mucho más, en algún momento, uno de los dos, tendrá que atreverse, tirarse a la piscina, porque está claro que entre nosotros saltan chispas. Saltan tanto, que tengo miedo de convertirme en unos fuegos artificiales e iluminar ese skyline sin estrellas.

Después de caminar unos doscientos metros, alejándonos de Londres y del resto de restaurantes, nos sentamos en un banquito al lado del lago. Nos sentamos muy juntos, y eso que había espacio de sobra, pero parece que los cuerpos se atraen como los polos opuestos de un imán. Un roce del brazo de Luis contra el mío me da tal descarga eléctrica, que me armo de valor, lo miro fijamente a los ojos y cuando voy a besarle...

¡Mierda!

Cuando voy a besarle, suena su móvil y me siento gilipollas por estar mirándolo fijamente. Luis coge el móvil del bolsillo y tranquilamente lo tira al suelo, me rodea la espalda con su brazo y me agarra la nuca, trayéndome hacia él.

Fue un beso de los que hacen historia.

Cuando nos separamos, nos miramos sonrojados, cómplices y esbozando unas sonrisas tímidas. Me levanto y voy a por su móvil. Hombre, el gesto había sido muy bonito, pero era un Iphone X, no era cuestión de ir tirándolos por ahí. Menos mal que estaba intacto. Se lo doy, lo desconecta se lo guarda otra vez en el bolsillo de la cazadora vaquera. Esta vez lo beso yo, con más ganas aún de comérmelo entero. Estuvimos así besándonos y abrazados hasta que salió una luna inmensa y rojiza, y una ligera brisa de espliego llegó a nosotros. El vello de mis brazos se eriza y Luis propone que nos vayamos al centro, no vaya a ser, que a lo tonto, cojamos un catarro en agosto, que es lo peor que se puede hacer en agosto.

Yo no tengo ganas de irme a beber y a bailar, yo quiero ir con Luis a su casa o a la mía, digo a la de Sandra, pero parece que ninguno de los dos se atreva a proponerlo. Qué estúpidos vergonzosos, parecemos colegiales. Así que nos vamos a La Latina, que nos queda cerquita y nos dedicamos a hacer lo que hacen todos los españoles cuando quieren ligar y les da vergüenza: beber como piojos. Se podría decir que esa noche quemamos Madrid, la volvimos a encender y la volvimos a quemar otra vez. Estuvimos en *La*

flamenca, *El museo de la radio* y *El pavón*. El alcohol nos desinhibe y cada vez nos estamos enrollando más a saco, yo no sé por qué coño no nos vamos a casa. Salimos del *Berlín Cabaret* cuando ya amanecía. La única opción abierta a esa hora era un *after* chusco de Tirso, y no era plan de ir allí, la verdad, así que, con determinación, paro un taxi. Nos metemos dentro. El taxista entonces me pregunta, “¿a dónde?” Y querida Lectora, verás que me estoy empoderando. Tomo la iniciativa y le doy la dirección de la casa de Sandra.

Luis flipa con la terraza de la casa de Sandra. Mientras amanece sobre Madrid nos tomamos la última birra y entonces sí, paciente Lectora, nos empezamos a besar con un ansia contenida durante toda la noche, y nos vamos desnudando, sin dejar de besarnos, camino de la habitación. El pasillo queda plagado de prendas, entre las que Pepinillo se pasea mirándonos soñoliento. Ya en ropa interior, caemos sobre la cama y nos dejamos llevar entre las ansias y el alcohol, acariciándonos, besándonos los cuerpos, con una furia salvaje.

Fue el mejor polvo de mi vida.

Y el listón estaba bien alto después de Höder, que ya nos habíamos olvidado de él. Estará por ahí comiendo panceta. No era momento de pensar en él ahora. Con Luis había conectado a todos los niveles, parecía que sabía leer mi cuerpo. Nos quedamos dormidos, abrazados y al despertar, nadie salió huyendo, ni hubo prisas, ni cortes, ni miedos. Nos miramos a los ojos, nos agarramos las caras y volvimos a besarnos, propagando un fuego que no se podía extinguir. Después de amarnos toda la mañana, desayunamos entre risas, en la terraza. Aunque habíamos cenado bien, teníamos tanta hambre que bromeamos con la idea de comernos al pobre Pepinillo, que nos miraba interrogante. Por suerte, encontramos pan congelado y pudimos apañarnos unas buenas tostadas con aceite y unos cafés bien cargados. Por extraño que pueda parecer, no tenía resaca, estaba como en una nube. Me sentía plena, y sobre todo, muy a gusto. Creo que a Luis le pasaba lo mismo, porque se le notaba relajado, tranquilo, feliz, jugando con Pepinillo, mientras apuraba su café.

—Me ha encantado Londres—, le digo.

Y él sonrío, con una sonrisa, que me vuelve a encender. Se levanta. ¿A dónde va? No te vayas Luis, ven que te cuente un par de cosas... ya me estoy imaginando la tórrida escena en la ducha de hidromasaje, cuando vuelve con

la cazadora en la mano.

—¿Te vas? —Pregunto incrédula.

—No. ¡Toma! —Y saca de su cazadora unos papeles. Los cojo. Son dos billetes. —Ya arrasamos Madrid, ahora nos toca Londres.

No me lo puedo creer, los ha comprado. Sonrío gratamente sorprendida y me abalanzo sobre él y reproducimos la tórrida secuencia de la ducha que acaba de imaginarme.

CONTINUARÁ... querida, Lectora. Vaya que si continuará. Tenemos que irnos a Londres, meter en chirona a Perfecto y María Elvira, publicar una novela y muchas más cositas que no te puedes perder. Porfa, si te ha gustado la novela, te has divertido conmigo, escribe un comentario, así otras Lectoras podrán vivir como nosotras acabamos de vivir esta experiencia. Gracias por elegir tan sabiamente mi aventura y haberte convertido en mi confidente. Nos volveremos a encontrar pronto. Besos.

Tu opinión es lo que más me importa. Por favor compártela.

Gracias,

Julia Zambra